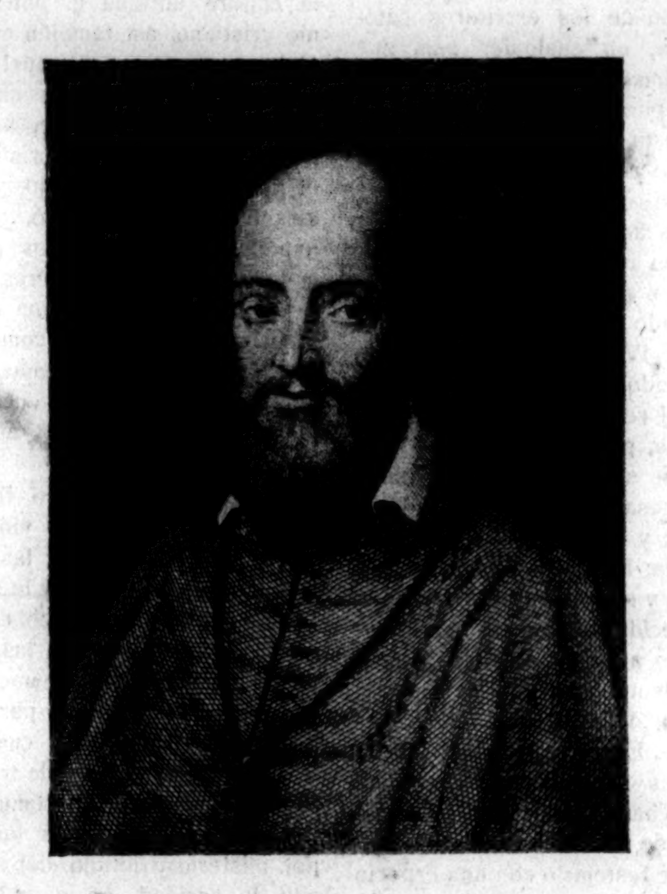
Tomo XII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 5

San José, Costa Rica **1926** Lunes 1º de Febrero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA



Sn. Francisco de Sales

El Santo caballero y artesano

Bajo la advocación de San Francisco de Sales.—Desde sus primeros y más inseguros vuelos, estas ligeras Glosas mías atreviéronse a buscar patrocinio en la figura de San Francisco de Sales. Las razones de tal advocación son sencillas. Vienen del precio insigne atribuido a la obra del gran obispo de Ginebra, por haber logrado en la santidad una especie de desvinculación. Objeto de la *Introducción a la Vida Devota* —según claramente se declara en la carta escrita por Carlos Augusto de Sales, sobrino del Santo, y que reproduce Henri Bordeaux en su estudio sobre *La Filotea de San Francisco de Sales*—, fué «apartar del ánimo la idea de que santidad y perfección viven únicamente en los monasterios, en el desierto, entre sonadas acciones y martirio; demostrando, al contrario, cómo les es dable florecer en la corte, en los palacios y castillos, en los ejércitos, en las plazas públicas, en los hogares, en medio del tráfago de los negocios...» Propaganda de un cristianismo *usual,* por consiguiente. Acercamiento y fusión entre las exquisiteces del ideal y la agitación de la vida, y mezcolanza.

Pues bien, a escuela del Santo que propugnó esta santidad difusa y secular, quisiéramos nosotros una filosofía vivible y cotidiana. Quisiéramos, paralelamente, traer ésta—y ningún vehículo mejor que el periódico—al existir normal de las gentes, a los palacios y a las plazas, a los hogares y a los ejércitos. Nada nos desagrada más, nada sentimos más enemigo nuestro que aquella triste y tan conocida máxima vieja: *Primum vivere, deinde philosophare.* —¿Primero vivir, luego filosofar?— ¡No—decimos nosotros—; en esta materia no debe conocerse el antes ni el después! Anden y florezcan siempre juntas y compenetradas, vida y filosofía. Que si al filosofar sin vivir debe llamársele vano juego, al vivir sin filosofar se le llamará siempre una miserable bajeza.

San Franciseo de Sales cifra el sentido de su lección en subrayar el hecho de que la santidad no sea cosa exclusiva de anacoretas. Las Glosas deberían servir—proporciones guardadas—para demostrar que la filosofía no es cosa exclusiva de profesores... sino—una y otra, filosofía y santidad—gracias asequibles y, más todavía, deberes exigibles al Laico perfecto; es decir, al Caballero y al Artesano.

El Santo caballero.—La palabra es de Leigh Hunt, el crítico inglés. Este fué quien llamó a San Francisco de Sales *the gentleman Saint,* en delicado guarismo de valoración civil y mundana. No es sólo que su obra signifique la exaltación de un ideal de superior armonía entre la tarea espiritual más difícil y las actitudes de sociabilidad más agradables. Es que biográficamente, anecdóticamente, tampoco superó nadie al devoto isagogo en compostura y personal distinción. Se dice que sus compañeros de vida religiosa le espiaban alguna vez por el ojo de la cerradura de su celda para advertir cuáles eran sus gestos en la soledad. Se dice también que nunca, ni siquiera en esta soledad, propicia al abandono laxo, se permitió, por ejemplo, cruzar las piernas.

Elegante Caballero, una de las cosas en que pone más atención y doctrinal cuidado San Francisco de Sales es en normalizar y apagar. ¡Lejos de su acabado buen gusto todo lo excesivo y truculento! «Hay algo que muchos tienen por virtudes y que no lo son—escribe en el capítulo II de la segunda parte de la *Introducción a la Vida Devota*—. Los éxtasis o raptos, las impasibilidades, uniones deíficas, transformaciones y otras perfecciones de las que tratan ciertos libros y que prometen exaltar el alma hasta la contemplación puramente intelectual, a la aplicación esencial del espíritu y vida sobreeminente... Mira, Filotea, estas perfecciones no son virtudes, sino recompensas que Dios da para las virtudes, o unas muestras de las felicidades de la vida futura que algunas veces se otorgan a los hombres para que deseen los bienes eternos del paraíso; mas no por eso ellos han de pretender tales gracias; y así, de ordinario, estas gracias no se pueden adquirir por trabajo ni industria. *Porque no son acciones, sino pasiones,* y

podemos recibirlas, pero no obrarlas en nosotros...»

Así quiso evitar en la vida religiosa cuanto fuese singularidad y caracterización pintoresca. Así predicó que en lo exterior se conformara cada cual en lo posible a los usos y costumbres habituales a su profesión y lugar. Recordaba en esto el ejemplo del Señor, *que lo hizo todo parecidamente a los demás, excepto el pecado.* Y tanto gustó siempre de lo ordinario, y común, y normal, que la perfección misma de su normalidad la convirtió en singularísima.

Como en el dandismo, en la vida devota, la cumbre se alcanza cuando nadie, al paso del arquetipo ejemplar, vuelve la cabeza.

El Santo artesano.—¡Ah pero aquí, como en todas partes, cuando se persigue la excelencia, lo que se pierde en fácil *poesía* hay que ganarlo en *arte* difícil! Abnegadamente, desnuda e inerme de los gestos románticos de mayor prestigio, una santidad deberá fortificarse en los ásperos ejercicios de una disciplina. Deberá trabajar, puesto que no puede embriagarse; avanzar en una tarea, en vez de volar en una exaltación.

Poco lúcido, poco penetrante, el juicio de Huysmans, que veía a San Fraacisco de Sales como un santo *meloso.* La urbanidad, la delicada corrección gentilicia del santo, han podido engañar al grueso, y graso, y sensual romanticismo del escritor. Más fino, más conocedor de psicologías sutiles, monsieur Ollier, el fundador de San Sulpicio, dice que aquel correcto gentilhombre, aquel *gentleman* docto en buenas maneras, era «el más mortificado de todos los santos..,» Para él, para los que le sigan, la obra de perfección es el resultado de una tenue energía. No consiente perezas; por lo mismo, no consiente tristezas.

Aquí está el artesano modelando la estatua de su propia santidad... Tal vez el Enemigo le aceche. El Enemigo «válese a menudo de la tristeza para ejercitar sus tentaciones sobre los buenos...» ¿Qué consejo dará para esta crisis el gran isagogo, convertido ahora en gran pedagogo?

Un consejo de artesano robusto, un consejo de jornalero. «¡Canta!», dirá. «Canta cánticos espirituales».

...Día ventinueve de Enero, día de su fiesta, a quien va al aire nuestra canción.

Eugenio d'Ors

(De *A B C*, Madrid).

La última promoción del Sr. de Sales

Ya Francisco de Sales era «santo», y era ya «doctor de la Iglesia»; una nueva encíclica de Pío XI hace de él «el patrón de los escritores católicos», en cualquier país que habiten; y es para nuestra lengua, para nuestra literatura, una augusta y preciosa sonrisa. Buscando un «patrón», es decir, en cierto modo un modelo, para todos aquellos de sus fieles que tienen como oficio manejar la pluma, el Papa les presenta al prelado de Saboya a quien Enrique IV hubiera tan vivamente deseado instalar como obispo en el reino de las flores de lis, y que, por lo menos, reinó, mediante sus libros, sobre el alma francesa y sobre la prosa francesa; y el Papa dice en substancia: He ahí cuál era su doctrina y cuál su caridad: imitadle.

Decididamente se está honrando al señor de Sales. En su residencia episcopal de Annecy, acaba de celebrarse su centenario. En otras cátedras aparte de las de las iglesias, se han escuchado sus elogios: la Sociedad de las Conferencias, deseosa de festejarlo con una especie de triduo, apeló a la palabra de M. Henri Bordeaux, cuya familiaridad con los dos terruños que amaba el santo obispo, o sea el terruño saboyano y el terruño del alma, es bien conocida. Ante la Universidad de Poitiers, M. Francis Vincent acaba de sostener, con gran brillo, una tesis sobre San Francisco de Sales, director de almas y educador de la voluntad. Y he aquí que de un extremo al otro del mundo, se invita a todos los letrados que sirven la idea religiosa, por Roma, a hacer su aprendizaje al lado del señor de Sales, y a pedirle ciertas lecciones de actitud, ciertas disciplinas de entusiasmo.

Siempre aparece en Pío XI el humanista: es natural que habiendo encontrado en San Francisco de Sales uno de los representantes más perfectos del humanismo cristiano, se haya complacido en asignarle una primacía. Francisco, joven clérigo, estudiaba en París, en nuestra colina de Santa Genoveva, en ese «Colegio de Clermont», en el que el espíritu humano, guiado por hábiles maestros, renovaba a través del mundo de las ideas el mismo viaje que había realizado ya mil doscientos años antes. Como los padres de los siglos cuarto y quinto habían enriquecido con todos los recursos de la cultura antigua el patrimonio cristiano, así también en el Colegio de Clermont, vuelta a encontrar esa cultura y amándosela apasionadamente, venía a aportar a la idea cristiana el peso de un testimonio y el atractivo de un adorno, y el imponente cortejo de los pensadores y de los escritores antiguos parecía formar una avenida hacia los altares, como la razón, la única soberana que hubieran conocido, se encaminaba también formando ancha avenida hacia la fe.

Francisco de Sales, a favor de tal información, se vió en cierto modo nutrido por las dos tradiciones, la antigua y la cristiana. Cuando se esfuerce, como teólogo, para buscar en las mejores aspiraciones de nuestro sér puntos de contacto para la ácción de la gracia; cuando trate, como moralista, de transfigurar las virtudes comunes, iba a decir las virtudes laicas, por misterioso influjo del espíritu de caridad, no necesitará hacer otra cosa que explotar todas nuestras riquezas naturales, las energías de nuestros pensamientos, las vibraciones de nuestros corazones, al servicio de Dios quien, por sus labios de apóstol del Cristo propone al hombre un aumento de riquezas. Sus diocesanos de Ginebra, cuyo cuello rígido y altivo no se doblegará jamás, le parecía que despreciaban con exceso a la naturaleza humana: su familiaridad misma con la vieja humanidad pensante, ayudaba a San Francisco de Sales a criticar ese pesimismo.

Al observar el contacto de esta alma episcopal con el espíritu del Renacimiento, los escritores católicos tomarán lecciones de hospitalidad intelectual y de alegre optimismo. Son esas las virtudes del pensamiento; se verán recompensadas, sin demora, por cierta amplitud de difusión.

Francisco de Sales busca lectores. Francisco de Sales encuentra discípulos entre «aquellos que viven en la ciudad, en sus hogares y en la corte». La moral cristiana, con él va a buscar a los hombres y a las mujeres, no solamente al claustro, o a la sacristía, o al pie de la cátedra, sino en el cuadro mismo de sus deberes de estado, de su existencia familiar, de su vida civil y laica. Gran concesión, parece desde luego, la de que el cristianismo vaya a buscar al «mundo». Sin duda alguna: ¿pero es acaso para bajar el pabellón, o bien, por el contrario, para impregnar al «mundo» de su espíritu y para babituar a sus fieles, hasta en las «cositas», a que muestren cierto género de carácter, cierta rectitud de intención, cierta delicadeza de preocupaciones, que deben ser, ante la mirada del obispo psicólogo, la marca del cristiano?

¡En camino, pues, hacia los mundanos!

Francisco les aborda con todas las caricias y todos los atractivos de su lengua; realiza ese milagro de dar a las virtudes que les predica la apariencia de ser virtudes fáciles... ¡Fáciles son, en efecto, como los versos de Racine, como esos versos «hechos difícilmente!» Y cincuenta años más tarde, Bossuet comenta: «Se creía la vida interior demasiado salvaje para presentarse en la corte y en el gran mundo. Francisco de Sales ha sido elegido para ir a buscarla en su retiro, y para desengañar a los espíritus que abrigaban esa creencia perniciosa. Ha llevado la devoción al medio del mundo, pero no creáis que la haya disfrazado para hacerla más agradable a los ojos de los mundanos: la ha llevado con su traje natural, con su cruz y con sus espinas».

La Introducción a la Vida Devota, que viviendo todavía el Señor de Sales, fué impresa más de cuarenta veces y traducida a la mayor parte de las lenguas de Europa, llamaba a puertas que, hasta entonces, no había franqueado nunca la literatura espiritual; y revelaba a esos nuevos oyentes, con una curiosa mezcla de suavidad y de intransigencia sincera, la

auténtica plenitud de las exigencias cristianas. Complace a Pio XI—y así se advierte por ciertas líneas de su Encíclica—que la idea religiosa tenga esa firme y flexible actitud y que se preste a esos penetrantes pasos, sin aceptar nunca ninguna atención ni ninguna aminoración; y el Señor de Sales, bajo este aspecto también, se convierte para los escritores católicos en un preceptor oportuno.

Pero, desde luego, otro rasgo de su fisonomía viene a preservar de una tentación peligrosa a los que quisieran regirse por él. Para convertirse en un conquistador como él lo fué, es tan natural volverse belicoso... Pero alto ahí, pues interviene el propio Señor de Sales. Estimaba que «de la disputa no surgen sino la confusión, y que no es de ella de donde salen las conversiones». «Que se predique con amor, decía, que se predique bastante contra el hereje, aunque no se pronuncie una sola palabra de disputa contra él». Los escritores católicos tienen en lo sucesivo un patrón que recomienda a sus plumas el espíritu de paz. Y ya entreveo, en su futura capilla de corporación, cierto rincón muy discreto, muy oscuro, en una nave lateral: allí encontrarán asilo, al abrigo de las miradas del santo, cuya estatura dominará el altar mayor, ciertos escritores a quienes molestará el recuerdo de sus pecados de polémica, así como el de las salidas de tono, más o menos agrias, de sus plumas febriles.

Creo que habría sorprendido mucho a algunos prelados galicanos de la monarquía de julio, si se les hubiera anunciado que, tres cuartos de siglo después de ellos, un Papa consagraría y ratificaría, como una especie de fenómeno normal en la vida de la Iglesia, la actividad colectiva de los «escritores católicos». Recuerdo el extraordinario descontento de que dieron testimonio Monseñor Blanquart de Bailleul, arzobispo de Rouen, Monseñor Olivier, obispo de Evreux, porque Montalembert se permitió publicar artículos o folletos en favor de la Iglesia. ¿Con qué derecho se mezclaba ese intruso? Fué preciso nada menos que un elocuente opúsculo de Monseñor Parisis, obispo de Langres, para reivindicar el derecho de los laicos católicos de hablar a sus contemporáneos sobre cosas de la Iglesia.

Los tiempos han cambiado: Pío XI, hoy, atribuye a los escritores católicos la más honrosa e insigne de las filiaciones; les agrupa en torno de San Francisco de Sales como a una posteridad espiritual, que participará de prestigio y se aprovechará de sus lecciones.

GEORGES GUYAU

(*Le Figaro*, París. A comienzos de 1923).

Huellas de imágenes



En el patio iluminado por la luna hay gente joven que ríe. En la puerta, bajo una enredadera en flor, una muchacha trata de leer un verso, y suspira. Apoyada en el alféizar de la ventana que cae al patio hay una anciana. La habitación está a oscuras.

La anciana dice con acento tranquilo, teñido de leve melancolía: —Cuando yo era joven la luna alumbraba más...

Y yo siento que esta frase, sale de esa boca como un hilo de perfume que se hubiese quedado dormido y olvidado entre los pétalos de una rosa guardada en el rincón de una arca antigua.

¡Cuando yo era joven, la luna alumbraba más!...

* * *

Anochece.

Frente a mi puerta pasa una pobre mujer con un niño de seis a siete meses en los brazos. Es despierto y vivaracho. La cabeza cubierta por un gorrito de encaje sucio, se agita y hace recordar el inocente balanceo de las margaritas de los prados cuando pasa una ala de viento. Va mal abrigado y al verlo, anhelo que el mismo que viste los lirios del campo que no trabajan ni hilan, cubriera misericordioso esta carne tierna y sonrosada.

Los ojitos brillan en el rostro gordezuelo, inquietos y confiados.

La mujer se detiene. El niño me sonríe y su sonrisa cae dentro de mi corazón como la gotita de rocío que rueda de una brizna de hierba. Me brinda su mano breve, bien abierta, con los dedos separados. ¿Acaso una estrellita blanca se ha desprendido del cielo y viene a acariciarme?

Ella dice:—Busco a quien regalar este chiquito. Estoy muy enferma y tengo que irme al hospital. ¿Lo quiere usted?

Pero yo debo partir muy lejos dentro de dos días, y en mi casa no hay nadie que quiera hacerse cargo del niño.

Contesto:—No puedo. Y el niño sigue sonriéndome y haciendo cabrillear su mano diminuta delante de mis ojos.

La mujer se aleja. Llama a una puerta y a otra y por fin miro perderse entre las sombras la cabecita que se agita sobre el hombro materno, risueña y descuidada.

* * *

Juegan niños en mi calle. El sol se pone y su luz dorada pasa su caricia fugaz sobre los tejados. Corren los niños y sus gritos caen como guijarrillos e inquietan este remanso de vida que es mi calle.

—¡Quedó Daniel! ¡Quedó Daniel! claman los chiquillos y Daniel corre tras ellos envuelto en un largo delantal oscuro, los ojos luminosos, la boca entreabierta, las mejillas ardientes, los cabellos en aureola trémula en torno de la frente en forma de capullo.

———

Un vendedorcito de periódicos pasa frente a mi ventana pregonando: *La Prensa* con el suicidio de ayer...

Alguien comenta cerca de mí:—Fué Daniel, el hijo menor de aquel vecino nuestro que vivió en la casa de corredor de la esquina. Se mató por amor.

Ah! sí, Daniel, el niño que corría hace unos quince años por mi calle, en las tardes.

Y pasa a través de mi memoria, envuelto en su largo delantal oscuro, los ojos luminosos, la boca entreabierta, las mejillas ardientes, los cabellos en aureola trémula en torno de la frente semejante a un capullo de ilusión.

* * *

Tengo entre mis manos una sombrilla muy vieja. Perteneció a la viejecita que enterraron esta mañana. Ella no me conocía, pero yo guardo su sombrilla, lo mismo que se guarda un soneto de Ronsard. La usó cuando era muy joven. Yo creo que esta sombrilla es mayor o contemporánea de las crinolinas.

Me parece verla moviéndose muy lejos en el tiempo, como una onda de juventud, sobre una cabellera negra y animada.

Comparada con las que se llevan ahora, parece de juguete. La varilla central es muy larga y delicada; la sombra de seda roja—un círculo pequeño casi para cubrir la cabeza apenas—tan desteñida que ya no parece roja,—con listitas verdes, y en torno un flequillo forma como una ronda de recuerdos de ensueños. Cerrada, sugiere una ramita en otoño y abierta, una amapola marchita que por milagro no se hubiese deshojado y que de pronto se pusiera a soñar que se abre y se pone fresca al conjuro del sol.

Por las desgarraduras de la tela me pongo a mirar las estrellas; pienso en la anciana que protegió de joven con esta sombra de seda entonces viva, su cabeza que ahora reposa entre la tierra.

La brisa se enreda en el fleco de la sombra y el llanto en mis pestañas.

* * *

Se trata de un desecho humano: robos, y por fin un crimen horrible, de esos que producen náuseas en el pensamiento de las gentes honradas. Encerrado en su celda, espera el día en que lo envíen por veinte años al presidio.

Está tendido en su camastro; dicen que tiene fiebre. Como duerme, su máscara repugnante está tocada de cierta tranquilidad que pone en el curioso que lo mira a través de la abertura practicada en la puerta, un inmenso dolor, una angustiosa interrogación dirigida a Dios.

Por la reja abierta casi a la altura del techo se ve palpitar el azul y el oro de la mañana de verano. De pronto suena un gorjeo. Es un comemaíz que canta posado en el alféizar. Otro contesta al reclamo. Debe estar muy cerca.

Jamás el canto de un pájaro ha entrado con tanta dulzura en mi oído.

¡Oh! pequeña espiga de armonía, que has venido a desgranar tu música en esta prisión en cuyo fondo duerme una criatura execrada por los hombres!

El comemaíz se desprende de la reja y viene confiado a picotear en un cajón que sirve de mesa cerca del lecho. Parece familiarizado con el lugar y no se asusta cuando el prisionero se remueve en su cama. Busca con atrevimiento, se acerca a la cabeza del durmiente y emprende el vuelo con un enredo de cabellos en el pico.

Yo recuerdo que los comemaíces están en la época de sus amores. Los he visto atareados en mi jardín.

Y el mechoncillo arrebatado de la cabeza de este criminal, en el cual los hombres morales piensan con rencor y asco, es llevado por los aires en esta mañana brillante como una guedeja de ternura y servirá para tejer un nido; será una llamita a cuyo calor brotarán unas alas que cruzarán el espacio con inocente alegría, y que despertarán un anhelo de amor y de belleza al volar sobre la frente de algún soñador.

CARMEN LYRA



Motivos

Días soleados

A Flor de Luna

VERANO! En el alma hay un florecer de ilusiones al conjuro de estos días soleados y estas brisas juguetonas. Brisas de verano, caprichosas, volubles! Hojas secas, que vais de tumbo en tumbo, sin orientación, a merced del viento, remedo de las humanas existencias sin orientación espiritual. ¿Qué destino os espera? ¿Cuál de vosotras irá a caer en la corriente del río hasta perderse en inmenso mar? ¿Cuál quedará prendida de una tela de araña salvadora, que es como un remanso de paz en ese rodar?

Como vosotras, las almas humanas ruedan impelidas por el destino. Unas encuentran la «morada de paz»; otras, las más, siguen su vida de constante rodar hasta perderse. ¿Cuántas caerán en el río turbulento del vicio y seguirán hasta morir en el mar de la mayor miseria?

Vientos del verano, que lleváis alegría a todos los corazones y que traéis juventud en los recuerdos a las almas cansados, sed vientos de bondad. ¡Que prendáis un girón de paz en nuestras almas!

Días soleados, claros días del verano, ¡que seáis una promesa de eterna luz para la humanidad doliente!

Enero, 1926.

Noche de plenilunio

ES noche de frío y luna. Sopla el viento fuertemente. He venido a refugiarme en la tibieza de mi alcoba, huyendo de esta luz pálida que se introduce hasta lo más íntimo de mi ser. Desde aquí oigo la serenata de un grillo a la luna. Presiento que ese canto no me dejará un minuto de reposo en toda la noche.

...¡También en mi corazón tu recuerdo es un grillo que gime eternamente su nota de dolor y que no me dejará reposar nunca en el blando almohadón de la ventura!

FUGITIVA

Dic. 1925.

Con todas las simpatías del Sr. *gm.*

Próximos CONVIVIO: La tercera serie de las *Páginas Escogidas* de Renán, en la fina versión de Cornelio Hispano,

y

Ensayo sobre el Destino, páginas hondas y emocionantes de Alberto Masferrer.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscrición anual: **$ 15.00** m/n.

Exterior. . . . . . » **7.00** dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia

$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual $ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 Nº 682

La Plata, Rep. Argentina

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de **2** a **5** p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Avenida Central

Frente a la tienda Kopfer.

Mañanitas de Diciembre en León de Nicaragua

A Rafael Arévalo Martínez.
(Pax Christi, cum spiritu tuo dilectissime frater).

Para el hijo menor de mi amigo, en el día de su Primera Comunión, este sonetillo:

Estrella, jilguero
ojo de agua, pino
el beso primero
de su Pan y Vino.

Jesús compañero,
dulce peregrino,
me dió su Lucero
para mi camino.

Y seré dichosa
rosa toda hermosa,
por el Buen Olor,

nardo y azucena
y fragancia plena
de Nuestro Señor.

Para un niñito huérfano de padre y madre, en su Primera Comunión.

(Pistos pistoon, fiel de fieles, llamaban en Alejandría, en aquella noche de la persecución de Septimio Severo, al cristiano Hijo de cristianos).

Fué mi madre de ojos bellos
incomparable testigo,
rubricado por los sellos
de Jesús el Buen Amigo.

Y bañada en el espejo
de la mirada materna,
fué mi comunión reflejo
de la comunión eterna.

Y jugaba y sonreía
a la luz de su mirada,
como juega tierno el día,
al fin de la madrugada.

Y mi padre me miraba
con bellos ojos también
y mi alma niña rezaba
...soy fiel de fieles... Amén.

Fiel de fieles, mi bandera
es la de Cristo glorioso;
envolvedme, cuando muera
en sus pliegues; muy hermoso,

mi cuerpo será por ella;
y tendrá bajo la fosa
las mañanas de la estrella
y los cuentos de la rosa.

Es opaco Vargas Vila
y tenebroso Voltaire.
Fiel de fieles, mi pupila
tiene luz de amanecer.

Para la Primera Comunión de unos niños pobres que no tienen quién les haga fiesta.

Con obra cumplida,
Jesús nos amó:
Comienza la Vida
Nueva, digo yo.

Está deslumbrada
mi alma candorosa,
bajo su mirada
misericordiosa.

El más encantado
cuento de camino
soy, por el bocado
de su pan divino.

Como Scharazada,
cuento, cuento, cuento
la noche cerrada
vibra de contento:

Me dió, palabrero,
su amor, la criatura,
y fuí caballero
de triste figura:

Mas vino su día,
y somos, gemelas
voces de alegría,
pájaro que vuelas.

Ciervo asustadizo
voy, por el camino,
diciendo el hechizo
del Pan y del Vino.

Cabra d'aventuras
evangelizadas,
mis nuevas locuras
están empapadas,

en fresca mañana
de ojos inocentes
y en quietud lejana
de árboles y fuentes.

Me senté a una mesa
Unica d'aurora:
y, ardilla traviesa,
...juguemos, ahora...

Con obra cumplida,
Jesús nos amó:
Comienza la Vida
Nueva, digo yo.

María Deigenitrix

(Triada de Nuestra Señora, a manera de Stesicoro).

I

Eres la Bella Durmiente
candorosa y matinal;
y humillas a la serpiente,
bajo tu pie virginal.

...Estrella de la mañana,
gloria de Jerusalén
por tu mística ventana,
entró el Mesías... Amén...

Mi voz hija de la tierra,
cómo podría subir...
«Démosle al Contrario guerra»...
sólo puedo repetir

como un niño, dulce cosa.
...Bendita, bendita eres...
Toda hermosa toda hermosa,
entre todas las mujeres...

II

Aquí está la Prometida
tierra de leche y de miel
y la Rama Florecida
de los Hijos de Israel.

Y la dichosa Campiña
con olor de suavidad
y sin figuras, la Niña
más linda de la ciudad,

III

Palabra muy olorosa,
difícil de comparar,
Dios, pájaro, madre, rosa,
niño, rama, cielo, mar,
ni tú puedes,... quién pudiera...
hablar con aquella voz,
tan última y tan primera
de las palabras de Dios.

Y apenas digo... María...
...madre del divino Amor...
soy fontana de alegría
y rosa de buen olor.

Cuando se oyen, repetidos
sus nombres, de Gracia Plena,
se perfuman los oídos,
con perfume de azucena.

Estamos libres, ahora,
de diabólicas andanzas,
por esta cándida aurora
de sus tiernas alabanzas.

A. H. Pallais, Pbro.

León de Nicaragua.



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios.=

Una Escuela Libre

Heredia, enero de 1926

Mi estimado don Joaquín:

Entre lo que en estos días he encontrado digno de atención con respecto a progresos escolares, poco me ha parecido más interesante que la adjunta publicación de la revista *Nuestros Hijos*. Espero que usted querrá darla a conocer en el REPERTORIO, para estímulo de maestros y de autoridades escolares; y luego porque hay urgencia de que la propaganda favorable a las «Escuelas Nuevas» encuentre acogida en nuestro país.

Hay varias observaciones que hacer acerca de esa publicación.

En primer término, que el movimiento lo inicia nada menos que Luisa Luisi. Es notorio que la enseñanza se beneficia cada día más en estos países de la contribución exquisita que suelen representar mujeres como ésta, capacitadas para darle nuevos prestigios.

Merece elogios cordiales la actitud del Consejo de Enseñanza Primaria del Uruguay. No es actitud frecuente, por cierto, en esa clase de corporaciones, aunque, a la verdad, no causa extrañeza dentro de las normas que en aquel país fácilmente se adoptan con respecto a la escuela pública.

Conviene, además, para referirnos a lo nuestro, hacer notar que no hemos andado desacertados los que hemos creído conveniente dar a conocer las tendencias de Decroly; ni los que hemos insistido en que ya conviene introducir en nuestras escuelas, siquiera por vía de ensayo, los procedimientos de clasificación de los alumnos por referencia a edad mental. Quizás la escala de Binet-Simón no sería la más adecuada; pero en todo caso iniciaría un camino.

Da gusto leer, en otras páginas de la revista, la admirable interpretación que de las ideas básicas de Decroly se ha hecho en los programas de la «Escuela Libre». Son «programas de ideas asociadas», es decir, programas construídos a base de topicos y actividades correlacionados.

También interesa notar que en la enseñanza de la lengua se aprovecha la literatura uruguaya escogida, sin que manos irreverentes se atrevan a emulsionarla con pretextos de trasiego.

Todos los aspectos del movimiento inspiran simpatía, por mucho que no sea hora de juicios definitivos, y mueven a desear cordialmente que triunfe.

Podríamos decir que la nueva educación tiene ya un centro de arraigo en cada país del Continente. Lo que hace concebir la esperanza de que cada día se amplíen más sus hermosas perspectivas.

Lo saluda afectuosamente.

OMAR DENGO

El 3 de Julio del presente año [1] la señorita Luisa Luisi presentó al Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal de que forma parte, el proyecto de creación de escuelas libres que transcribimos íntegramente con su exposición de motivos.

Honorable Consejo:

Tengo el agrado de someter a la consideración de V. Honorabilidad el siguiente proyecto, inspirado en las necesidades actuales y urgentes de la escuela primaria:

Artículo 1.° Facúltase a dos Directores de Escuela de Montevideo, que designará este Consejo, a organizar y dirigir sus respectivas escuelas de acuerdo con los programas, horarios, métodos y sistemas que crean más convenientes para la mejor realización de la educación infantil.

Art. 2.° Para el mejor éxito de esta iniciativa, los Directores designados propondrán el personal que deba secundarlos, elegido entre los ayudantes efectivos de las escuelas.

Art. 3.° Esta autorización durará por el término de tres años, pudiendo el Consejo revocarla si los resultados fueran francamente negativos, al finalizar el primer año de ensayo.

Art. 4.° La Inspección Técnica observará detenidamente la marcha de estas escuelas. con el propósito exclusivo de informar detalladamente sobre ellas al finalizar cada trimestre.

Exposición de motivos

Existen entre los maestros muchos cuya capacidad intelectual, preparación técnica y espíritu de iniciativa pueden dar a la escuela primaria grandes impulsos, entregados al libre ensayo de sus aptitudes. Ponerlos en estas condiciones, y recoger el fruto de sus esfuerzos y de su experiencia para beneficio de la Escuela nacional, es tarea altamente provechosa, además de estimulante de la vocación profesional, y simpática en alto grado. Lo que se hace difícil y aún imposible de planear y llevar a cabo para todas las escuelas del país puede ser iniciado y luego perfeccionado en una o dos escuelas, que serían como laboratorios de pedagogía práctica, como exploradores o avanzadas de las demás escuelas. Las que antes se utilizaban sólo para ensayo de programas ó métodos, llamadas Escuelas de Experimentación, serían ahora, con tal libertad de iniciativa de sus maestros, fecundo campo de sugerente experiencia.

La elección de los maestros que han de llevar a cabo obra tan trascendente y simpática es el eje principal, la condición *sine qua non* del éxito de este proyecto. No basta que sean buenos maestros. Es necesario que una fuerte vocación los empuje al esfuerzo de mejoramiento; que una juventud espiritual pujante y optimista les sea fuerza y condición de triunfo. Es necesario *que ellos lo deseen*, y no que les sea impuesto por orden superior. Y yo estoy segura de que estos maestros existen. Lo han revelado las conferencias de maestros, en una de las cuales se quejaban algunos de ellos de su falta de libertad. La acerba crítica que muchos de ellos han dirigido contra nuestra Escuela Primaria, y el tan decantado fracaso de la acción oficial, son causas suficientes para que este Consejo, llamando en colaboración a los mejores, les diga: «He aquí una escuela: os la entregamos en absoluto. Realizad en ella lo que seais capaces de realizar. Si vuestra obra es grande y bella, la extenderemos a las demás escuelas. Si nada sois capaces de crear, no tenéis derecho luego de clamar contra la acción oficial. Volveréis a la escuela rutinaria de la que os habéis demostrado incapaces de salir. Estáis en libertad completa: realizad vuestra obra».

¿Qué se perderá con el fracaso? ¿Un año de pérdida para los alumnos? Aún en el caso de que esto sucediera, no creo que el fracaso fuera mayor que el de tantos niños entregados a malos ayudantes durante no uno, sino varios años. Y en cambio, ¡qué de fecundas enseñanzas podremos extraer de estos juveniles entusiasmos, de estas iniciativas malogradas hoy en nuestro régimen de reglamentación detallista!

Y yo tengo absoluta, completa confianza en el éxito.

Consideraciones generales. La Escuela de Varones, de Las Piedras, declarada Libre de Experimentación

Consideramos desde un principio como de gran trascendencia para la escuela uruguaya esta resolución del Consejo de Enseñanza y la juzgamos digna de figurar entre las grandes iniciativas de los países civilizados, tendientes a recoger del progreso de las ciencias educativas todos los

1.—1925.

elementos aprovechables al mejoramiento de la cultura de sus distintos pueblos.

Llamará justamente la atención esta resolución del Consejo de Enseñanza Primaria del Uruguay—ejemplo único en América—entre los defensores de la nueva pedagogía, acostumbrados a encontrar en las esferas oficiales la misma resistencia a toda reforma, resistencia que en general no es más que un proceso de menor esfuerzo, de pereza, por no emprender obras que exigen nuevos conocimientos y nuevas investigaciones.

No obstante, el progreso necesita un espíritu capaz de reemprender siempre para adaptarse mejor al medio; creando, no automatizando; la rutina da por tierra con todos los sistemas.

El Consejo de Enseñanza del Uruguay quiere ver la aplicación de los nuevos principios y establece el laboratorio de la Escuela Libre.

Por la forma en que ha resuelto crearlo, el ensayo tiene dos aspectos: uno, el del ensayo propiamente dicho de los nuevos métodos, y otro, el de la libertad del maestro, que en la Escuela Libre es completa. En este último aspecto el ensayo es original, superando, sino estamos equivocados, a lo intentado en todos los países. Casi diríamos que se trata de un desiderátum llamado a tener gran resonancia.

En otras partes se ha dicho a un maestro: organice una Escuela del Trabajo, aquí tiene normas, programas, etc., (Baviera); en otros lugares se han autorizado ensayos del Método Decroly, por ejemplo.

El Uruguay hace más. Dice: Organice una Escuela, señor maestro, la que brote de su cerebro y de su corazón. Y para no dejar dudas de que quiere ver la obra *nueva*, ha empezado por encargar de la primera Escuela Libre a un maestro ya conocido como admirador de la «Escuela Activa», el que escribe estas líneas.

En más de una oportunidad hemos narrado nuestra emoción y nuestra gratitud ante tal actitud del Consejo de Enseñanza. Debemos agregar que ella nos hace vivir como ante la realidad de un ensueño, en el seno de la libertad, la libertad de crear, que es la más hermosa.

La libertad ha despertado o ha intensificado en los maestros de esta escuela este otro sentimiento: la responsabilidad; y si antes se mezquinaba algo a la Escuela, ahora se da todo a la Escuela por el bien de la raza, y la belleza de crear.

Con fecha 17 de Agosto, el Consejo autorizó al que estas líneas escribe a efectuar el ensayo de la Escuela Libre.

Cómo empezamos. Reuniones diarias de maestros

Cuando se publicó el proyecto de la señorita Luisa Luisi, el diario *Imparcial* quiso señalar esta Escuela como adecuada a los fines de aquel proyecto. Desde entonces, y ante la posibilidad de que tuviéramos que realizar el ensayo, iniciamos un curso previo entre los maestros de la Escuela, efectuando reuniones diariamente a fin de estudiar los nuevos métodos.

Concurrieron con asiduidad los maestros señorita Ana C. Lindeblad, María Laura Santos y Juana A. Morzi, y los señores José G. Sampietro y Adolfo O. Barón, elementos que han puesto todos su voluntad y la consagración más absoluta al servicio de la nueva educación.

Clasificación de alumnos por edad mental

Durante más de veinte días trabajamos hasta ocho horas diarias algunas veces en la clasificación de los alumnos por edad intelectual. A tal fin aplicamos sistemáticamente la escala métrica Binet Simón a unos 200 niños, realizando un total de más de 2500 pruebas *(mental tests)*.

Organización de clases

Las clases estaban así organizadas antes (iniciamos desde el segundo año la reforma a la espera del personal necesario para subdividir un primer año de 80 niños que ahora funciona con horario de medio tiempo).

Segundo año: 54 inscriptos. Tercer año: 59 inscriptos. Cuarto año: 38 inscriptos. Quinto año: 24 inscriptos. Sexto año: 15 inscriptos.

Por edad mental se organizaron así: Siete años, (segundo grupo) 37 inscriptos; ocho años (tercer grupo) 39 inscriptos; nueve años (cuarto grupo) 43 inscriptos; 10 años (quinto grupo) 32 inscriptos; once y doce años (sexto grupo) 39 inscriptos.

Esto importa una transformación profunda en la organización de los grupos, y es lo que corresponde hacer lógicamente, lo menos que debería tener en cuenta la escuela actual, a nuestro juicio. Esta distribución adolece de algunos defectos debido a la escasez de personal. Con un maestro más se formarían grupos de 33 niños más o menos, y la edad mental sería más homogénea en el conjunto. Actualmente el sexto grupo tiene alumnos de 11 a 12 y más años de edad mental. Esperamos que el H. Consejo nos auxilie con otro maestro para los grupos superiores, pues son los defectos de la organización anterior los que ahora nos entorpecen.

Programas y método

Nuestros programas tienen por fundamento las necesidades del ser. Adoptamos, para su desarrollo, los métodos del doctor Decroly que se extienden en Bélgica y Suiza con gran éxito.

La necesidad despierta el interés. Hacemos, pues, de las necesidades del ser humano centros de interés.

Para el doctor Decroly estas necesidades son cuatro: Primero, la necesidad de alimentarse; segundo, la necesidad de luchar contra las inclemencias; tercero, la necesidad de luchar contra los peligros y accidentes diversos, y cuarto, la necesidad de la acción y del trabajo solidario, de la renovación constante y de la alegría del espíritu.

Para empezar, señalamos como centro de interés los *alimentos*. Tomamos un tema, o centro subordinado: *el agua*. Sobre este tema giran todas las adquisiciones de la cultura. Se estudia el agua en todos los grupos, adaptando el desarrollo del asunto a la capacidad mental del niño, y con referencia a todas las asignaturas: Geografía, Historia, Física, Medida, Lectura, Escritura, Moral, Higiene, Lenguaje, Dibujo y aún Canto y Gimnasia.

Todas nuestras lecciones deben fundarse en la observación del mayor número de hechos. He ahí la dificultad mayor y una de las grandes bondades del método. Notamos falta de material, para las experiencias, y nuestra lucha actual es vencer la inercia que lleva al profesor a sustituir los hechos con las palabras; procuramos obtener el material, improvisarlo, o salir con la clase del aula a alguna parte, en busca de hechos, huyendo de la mentira de la lección oral; ese es nuestro anhelo actual, y lo realizamos apoyándonos en la libertad para educar a los niños y transformar la escuela, transformándonos nosotros. Notamos que nuestros estudios normales fueron *palabras* como son en general los estudios hoy, incluyendo los universitarios, y necesitamos forjarnos un saber inseparable de la vida que no da ningún centro de enseñanza. Esta es otra tarea intensa qne nos embarga.

Queremos, para nuestros niños, la *cultura inseparable de la vida*, por la vida, para la vida.

Narramos a continuación lo ocurrido el primer día de inaugurada la Escuela Libre.

El primer día de Escuela Libre

Transcribimos las anotaciones del Diario de la Escuela: «Setiembre de 1925. Lunes 14. Trabajando de mañana y de tarde en la clasificación de los alumnos por edad mental, desde hace un mes, terminamos ayer domingo tales pruebas y organizamos los primeros grupos.

»Hoy fué un día de emoción para maestros y alumnos. Aquéllos descubrieron su intensa preocupación narrando entre ellos los sueños que tuvieron anoche, que tuvimos todos viendo funcionar anticipadamente la nueva escuela; el psicoanálisis es aquí elocuente.

»Los niños, organizados por edad mental, debían agruparse hoy con sus maestros, y ésto produciría muchos cambios.

»A la hora 13, se reunieron en filas por clases, según la anterior organización. Llamados por una nueva lista se reunieron los niños en grupos y pasaron a sus salones. El centro de interés elegido fué *los alimentos*, al que van unidos los de la respiración y la limpieza. En el pizarrón del patio se escribió: «En la Escuela Libre, como en la vida, la primera necesidad es la limpieza. Cuando nace un niño, antes de alimentarlo se le baña. Cuando nace un ternerillo, antes de darle su leche, la madre lo peina con su lengua, para que sea más hermoso.

Sea hoy tu primer tarea hacer brillar de aseo y orden esta casa que es tuya».

»Antes de iniciar las lecciones referentes al centro de interés señalado, se convino, pues, en limpiar y ordenar la escuela y en proceder al aseo personal de los alumnos. A los pocos instantes se repartió el trabajo: unos limpiaban telarañas, otros frotaban vidrios; los restantes salieron al patio; una clase tomó el fondo de la escuela y lo ordenó, barriendo, juntando cascotes, etc. La escuela parecía una colmena por el movimiento y el trabajo. En el patio fueron distribuídos seis equipos, para lustrar botines, y se lustraron el calzado todos los niños, con gran alegría. Aparecieron, además, cepillos de ropa, y causaba emoción ver la formalidad y el interés con que actuaban: el que cepillaba y el que recibía aquel beneficio de limpieza; éste se ponía erguido, serio, arreglaba su ropa, se abrochaba, mientras el otro llenaba su misión, cuidando todos los detalles.

»De más está decir que los lustradores improvisados, a pesar de nuestras indicaciones, se embetunaron las manos y derrocharon un poco de pomada; no podría ser de otra manera: no saben hacerlo; si lo supieran, esta lección, en la que el maestro ha dirigido con el espíritu la actividad educativa, no sería necesaria.

»De esta clase preliminar—precedente de acción—los niños han sacado, entre otras muchas, las siguientes enseñanzas: de la dificultad de efectuar la limpieza del calzado; del cambio operado en éste por la limpieza efectuada; de las ventajas de la ayuda mutua; de la utilidad que nos ha prestado un compañero; de la utilidad que a él le hemos prestado; de las bondades y alegrías del trabajo solidario, etc.

»Desde hoy cada clase dispone de un equipo de limpieza para calzado y ropa. Los niños que recogen polvo en la calle pueden asearse en la escuela naturalmente, como podrían hacerlo en su casa, y no en forma de imposición ni de castigo.

»La abundancia de agua y jabón borró toda huella en las manos de estos pequeños trabajadores de la Escuela Libre. Las tareas de limpieza duraron una hora y media. Todo brilló en la Escuela, por obra de los niños. Se ordenaron las plantas y entraron los alumnos a sus salones aireados, llenos de luz».

Las aulas

Se cambió en las aulas la disposición del mobiliario. Las mesas escolares fueron distribuídas en forma de hemiciclo; el resultado no se ha hecho esperar. El maestro, colocado hacia la mitad de la pared mayor del salón, tiene casi a la misma distancia a sus alumnos, quedando un espacio en el centro para una mesa de trabajo; la primera mesa de trabajo de la escuela transformada fué hoy el pupitre del maestro, que estaba colocado como para ser utilizado por los niños, simbolizando así la escuela nueva, en la que el niño trabaja, observa, habla, acciona, y el maestro (o el padre) dirige, indica, lo provee de elementos para enriquecer su experiencia, fundamento de su evolución mental. Esperamos ahora las mesas, las verdaderas mesas de trabajo que hemos pedido al Honorable Consejo.

Por falta de espacio terminamos aquí las referencias sobre el funcionamiento de la Escuela Libre, prometiendo describir, en números subsiguientes, el detalle de nuestras tareas diarias, desarrollos de temas, excursiones, etc.

Declaramos que nos hallamos solamente al principio de una organización, que ensayamos con la más profunda fe en su éxito y la seguridad de que puede ser adoptada en todo el país con singulares ventajas para la verdadera cultura, que es inseparable de la vida.

Datos finales

El tema *el agua* fué desarrollado en una semana. Todas las materias tuvieron por tema el agua. Para *la observación* (fundamento de nuestros métodos) aparecieron en la Escuela aguas de toda clase, traídas por niños y maestros; lamparillas, calentadores, alcohol, matraces, soportes, campanas de cristal, frascos, tubos, pusieron una nota promisora en todos los salones.

En todas las clases se hicieron experiencias y observaciones directas diariamente. Funcionó el microscopio con la gota de agua; se hicieron filtros, etc. Al día siguiente de una fuerte lluvia estudiamos el trabajo del agua, y multitud de fenómenos en la carretera al Monumento. Llegamos al arroyo. Un grupo recorrió el curso de una cañada.

Mientras tanto, empezaron a aparecer los huéspedes de la Escuela Libre: conejos; palomas, ratas, etc. Un niño del tercer grupo nos ofreció un perrillo que está por nacer y se lo aceptamos gustosos. Construyeron ya una conejera y un palomar.

Han derribado dos muros y cada grupo cultiva un cantero del jardín.

La Comisión pro Fomento

Los padres notan el cambio por el entusiasmo de los niños, y es natural que estén contentos. ¿Qué más puede hacer un padre que ve estudiar con entusiasmo a su hijo y le ve lleno de alegría al hablar de su escuela?

La *Comisión pro Fomento* ha reorganizado su actividad con mucho empeño, y nos presta, como en todas las circunstancias, su inteligente apoyo. Una de sus mayores preocupaciones es la organización de la Copa de Leche, la adquisición de un camión para excursiones y de un piano para la Escuela.

(*Nuestros Hijos*, Las Piedras. Departamento de Canelones. Uruguay).

Lectura de vacaciones

Teatro clásico español que ponemos a su disposición:

Cervantes: Comedias y entremeses (5 tomos) ₡	5.00
J. E. Hartzenbusch: Los amantes de Teruel..	0.75
Tirso de Molina: El condenado por desconfiado	0.75
Agustín Moreto: El lindo don Diego	0.75
Francisco de Rojas: Entre bobos anda el juego	0.75
Del rey abajo ninguno	0.75
Juan Ruiz de Alarcón: Los pechos privilegiados	0.75
Lope de Vega: Fuente ovejuna	0.75

En edición de CALPE, Madrid: "Colecciów Universal".
Con el importe (giro postal o carta certificada), diríjase al Adr. del "Repertorio". A vuelta de correo le mandaremos lo que solicite.

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: Víctor Andrés Belaunde

Número suelto . . . . Un Sol

Lima, Perú.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

Cervecería, Refresquería, Oficinas, Planta eléctrica, Taller mecánico, Establo.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

Cervezas

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

Refrescos

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

Siropes

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Ramón Pérez de Ayala y la política española

(*El Comercio*, Lima).

Alguna vez Pérez de Ayala descendió al foro, intervino en el debate político. Nadie le supera en seriedad y en erudición como ensayista. Critica con acedía, conserva una gallarda libertad en el juicio. Respetando tradiciones—pocos rivalizan con él en ciencia del espíritu y de las transformaciones del español, de la manera de remozarlo—quisiera conciliarlas con los imperativos de la edad presente. A la política llevó también generosas intenciones y una pasión fuerte gobernada por la razón.

Era el año 1917. Se podía entonces discutir en España con libertad, condenar un régimen, suscitar reflexiones y decisiones. No había limitado el Directorio las libertades de la nación; pero surgía ya, desde el primero de junio de ese año, un poder independiente: el Ejército. Se vivía en crisis constitucional, declinaba la energía del poder civil.

En plena guerra europea, artistas, escritores, periodistas, activos y prestantes, se esforzaban por llevar a su patria al conflicto entre los poderes directores de occidente. Predicaban tenazmente la intervención; la neutralidad les parecía deshonrosa. Hallaban indiferencia: en la nobleza, hostilidad; en todas partes, el «qué se me da a mí» de un pueblo que se empeña en ser insular, en costumbres y en espíritu. No se sentía incitado a combatir, ni llegaba a él la angustia de Europa. No es nación civilizada, exclamaban entonces los combatientes de una desesperada lucha por la cultura. ¿Cómo duerme o se mantiene indiferente cuando tantas nobles naciones están en vela y se extiende el imperio del dolor sobre la tierra?

Bartrina decía que quien habla mal de España es español. Pungidos por males que duran, los escritores se derraman en expresiones de desencanto y amargura. Ya no esperan y el patriotismo les consume como una secreta dolencia. Si yo viviera en Italia, en Inglaterra, en Estados Unidos, en suma, en una nación civilizada, ha escrito Pérez de Ayala. España, para él, no forma parte del grupo de Estados que prosperan. Es definitivo su estancamiento. Allí el individuo, el ciudadano, es hombre disminuído, tres cuartos de hombre, medio hombre, un ochavo de hombre. La política, el desgobierno, explican esta flaqueza, la inercia de las multitudes, una ominosa pasividad. ¿No exagera el escritor al esperar de un cambio de directores, de la formación de un nuevo estado



Ramón Pérez de Ayala
(*Caricatura de* Bagaría)

mayor, la regeneración del país? Deriva seguramente de origen más profundo la decadencia, el cansancio, después de la gestación de nuevas sociedades o un ricorso que se manifiesta en tantos pueblos de gloriosa acción y de ímpetu heroico o la divergencia entre una concepción de la vida que es aristocrática y en cierta manera feudal y los menesteres inferiores—conquista de riquezas, existencia vertiginosa—a que se ciñe el mundo moderno.

Algunos escritores, en la tristeza española, acusan al monarca. Así Blasco Ibáñez, en un libro muy leído y discutido, amargo y audaz, separa resueltamente la responsabilidad personal del jefe coronado de la nación y la opone al letargo de la multitud donde dormitan tan nobles virtudes: *Por España* y *contra el Rey,* intitula el volumen para explicar que no comete delito de lesa patria quien acusa a Alfonso XIII y defiende al pueblo. Tal es también la actitud de Cambó, eminente político catalán. El Rey no se ha limitado a reinar, dicen; se ha empeñado en gobernar y ha multiplicado errores porque no está capacitado para esa función. Pérez de Ayala declara que el monarca es el ciudadano que goza de menos libertad política en su patria. No puede gobernar. Reina solamente, según la clásica regla constitucional. ¿Por qué condenarlo si se halla circuído por ministros omnipotentes?

Los políticos, he aquí los agentes de discordia y de atraso. No existe Poder Legislativo. En torno al caudillo se menean parientes y clientes, consanguíneos y afines, cognados y agnados, en abundancia. El escritor español describe desdeñosamente las agitaciones de este tropel mendicante, de esta turba de parásitos. Naturalmente, la voluntad del pueblo en nada intervenía: el sufragio fué una farsa y los ministros se convirtieron en personajes de una comedia permanente. Han imperado, en España, familias que defendían intereses y el gobierno paternal presidía a alianzas y matrimonios. Si se enamoraba la hija de un personaje influyente, creaba aquél un puesto para el novio privilegiado. Era el mejor de los mundos posibles, la tierra de Cándido y de los optimistas. Se fundaban y prosperaban dinastías menores. Cada uno de los partidos alternantes constituía su mayoría, se rodeaba de amigos, formaba un congreso en el cual recibía algunos puestos la minoría. Ni luchas ni aventuras: distribución metódica bajo la inspiración y la dirección de un cacique paterfamilias.

Los partidos se dividen y subdividen, y detrás de ellos, en la sombra, gobierna la Plutocracia. A una España oficial, burocrática, que se extravía en batallas secundarias, se opone otra segura de sus fuerzas creadoras, activa y modesta, que se prepara a intervenir en los negocios públicos. Durante la guerra, si seguimos a Pérez de Ayala, los españoles se mostraban convencidos de «la perfecta incapacidad, punible desidia y deshonesta conducta de casi todos sus gobernantes». ¡Qué funesta conjunción de males! Abdicaba el poder civil, toleraba la anarquía, se disponía a sufrir la humillación de la Dictadura.

Falta en la península la práctica y la idea de libertad, «único orden de nobleza». Abunda, en cambio, un patriotismo sentimental y vocinglero; vanidad que se satisface con declaraciones románticas, pero que no evita ni el enflaquecimiento de la voluntad ni la indiferencia para las doctrinas. Nadie se entera, o sólo, muy lentamente, se afirma la curiosidad de lo general, de lo humano, base de regeneración espiritual.

Si no va a las urnas, el pueblo español invade las Plazas de Toros, clama en ellas su opinión y su amor. Allí están sus verdaderos caciques. Pérez de Ayala junta, en sus ensayos, la política y los toros como tableros de un díptico. Si aquélla degenera, éstos prosperan, porque sirven de genuina expresión a vicios casti-

zos. La vida circunstante es dura, mediocre, hostil; no mueven a la multitud intereses fundamentales; gana a todos una difusa tristeza; hallamos una singular insensibilidad en las gentes. Los toros agitan y apasionan a una multitud resignada. Allí, al menos, reina la pasión africana, la unión frenética de la sangre y del sol.

Belmonte es caudillo como Maura, personaje representativo, héroe cierto en gloriosa faena contra una bestia noble. Su vida y su gesta las comentarán ingenuos evangelistas. El toreo tiene sus ciudades santas, sus Mecas, que son Córdoba y Sevilla. El matador se trasmuta en semidios. Simboliza el culto al valor, al riesgo, a la aventura. Belmonte ha sido elevado a los altares. La imagen de San Juan de Triaba lleva al hogar andaluz consuelo y esperanza. Joselito, otro ídolo de las turbas, rivaliza con Romanones; hábil, insinuante, pródigo en recursos, un Maquiavelo de la arena. Pérez de Ayala quisiera suprimir esta institución nacional, contraria a los intereses de una civilización verdadera; esta adoración a la tauromaquia. Sabe que tropieza con «algo tan nuestro como el habla» y que morirá con la independencia y la gloria de España. Con ironía escribe: «mientras la América del Norte y Francia conquistaban su libertad, los españoles conquistaban la libertad de la lidia y fundaban la democracia taurina».

De 1918 al año presente, España progresa. Pérez de Ayala cita a Mazzini que escribía: «la nación es una tarea constante». ¿Por qué desesperar si el esfuerzo de cada generación se suma al de generaciones anteriores, si ninguna decadencia es irremediable y sufren desmedro los pueblos que se altivan porque han conquistado transitoria grandeza? El flamenquismo desaparece en la península y el deporte apasiona a los muchachos. Con la gran guerra y sus repercusiones se enriqueció el país a tal extremo que la circulación fiduciaria llegó a ser inferior a las reservas en oro, garantía del billete. Se publican libros, se estudia severamente en magníficas instituciones como la Residencia, no ha caducado la obra de Giner, se traduce lo más alto y granado de la producción europea. El periódico, renovado, se convierte en revista: instituye, combate, esclarece. ¿Quién sabe si asistimos a una lenta renovación de la gente ibérica, a un *Risorgimento* como en Italia? Europa añora virtudes y formas del vivir que no han muerto entre los españoles, desinterés, bondad, hidalguía, existencia sin vértigo y sin odios.

Francisco García Calderón

París, setiembre de 1925.

Las dulzuras de Panchito

Ildefonso vivía en París; era joven; estaba recién casado; se sentía lleno de vida. Ocurría esto allá por 1855, en los primeros días de enero. Ildefonso tenía un amigo en París; era un mozo americano. No era un hombre vulgar; este hombre, tan joven, tan en el umbral de la vida, era ya general. ¡General y diplomático! Representaba a su país en la capital de Francia. Pero este general y diplomático, campechano, animoso, tenía un genio alegre. Le gustaba divertirse; frecuentaba todos los lugares de esparcimiento y de holgorio de París. Unía al general y a Ildefonso una estrecha amistad. ¿He dicho que el general se llamaba Pancho? Con el nombre de general, por joven que sea el general, se designa—no puede ser de otro modo—una persona seria, grave, henchida de meditaciones, de estratégicas meditaciones. El nombre de Pancho, Panchito, designa a una persona ligera, amena, afectuosa. Afectuoso, sí; buen amigo, sí era Panchito. Y Panchito un día le dijo a Ildefonso:

—¿Por qué no va usted a América? Podría usted hacerse allí muy rico; todos le ayudaremos. Yo le daré una carta para papá.

Papá, el padre de Panchito, se llamaba D. Carlos Antonio López. Su posición era muy alta: la de Jefe de Estado; no puede haber—en lo temporal—cosa más eminente. Ildefonso, lo hemos dicho, era joven, y estaba recién casado. Necesitaba hacer fortuna. Pensó un poco en la proposición que se le hacía, y decidió emprender el viaje. El Paraguay estaba muy lejos; pero, al fin, navegando, navegando, se llegaría al Paraguay alguna vez. Panchito le dió a Ildefonso una carta para papá. Ya queda consignado que el papá de Panchito era Jefe de Estado. Y como en América no existen Reyes, don Carlos Antonio López presidía una República.

De París, Ildefonso se trasladó a Londres. De Londres marchó a Liverpool. Y en el vapor *Pampero* embarcado, en tanto que la nave, echando humo, se alejaba de la costa, Ildefonso pensaba, sin duda, en su próxima fortuna. Sí; la fortuna era indudable. La carta que llevaba Ildefonso para el Presidente de la República del Paraguay estaba cerrada; él no podía leerla; pero seguramente en ese plieguecillo se le recomendaría cálidamente. Llegó el *Pampero* a Buenos Aires. Desembarcaron Ildefonso y su mujer. Y embarcaron de nuevo en otro vapor, en el *Manolita*. Y allá va la nave río arriba por el caudaloso, anchísimo, inmenso Plata. La joven pareja de españoles sin duda estaba encantada; todo era nuevo, flamante, para ella: la luz, el color, el paisaje, las costumbres. Llegaron Ildefonso y su mujer al término del viaje. Retumba el estampido de un cañonazo. El barco se ha parado. Un oficial sube a bordo. ¿Hay alguien aquí, entre los pasajeros, que lleve periódicos? Los periódicos no pueden ser introducidos en el Paraguay. D. Carlos Antonio López lo ha prohibido terminantemente. Y D. Carlos Antonio López no es hombre que gaste bromas.

El presidente, sin haber leído a Paul Louis Courier, piensa lo mismo que éste; pero Courier pensaba en tono irónico, y don Carlos Antonio piensa en trágico. «La culpa de todo—decía Courier—la tienen los periódicos; Caín debió de leer algunos periódicos antes de cometer su crimen». A los pasajeros del *Manolita* les quitan los periódicos; pero uno de los pasajeros lleva algo que es mucho más grave que un periódico. Se trata de un siniestro artefacto que inspira a los guardianes del orden las más vehementes y alarmantes sospechas. ¿Qué será esta cosa negra, cuadrada y con un tubo ancho? El pánico comienza a apoderarse de policías y soldados. Ildefonso, riendo, explica que se trata de una máquina fotográfica. No se entienden las explicaciones de Ildefonso, y el portador del artefacto queda detenido y es llevado a la cárcel. El asunto ha de ser examinado, más tarde, en Consejo de Ministros.

Un médico, con pantalón blanco, camisa abierta, sombrero de paja y pies descalzos reconoce a los viajeros a la entrada de la Asunción, capital del Paraguay. Un bando encabezado con la exclamación de *¡Viva la República del Paraguay!* advierte a los extranjeros de las severas responsabilidades en que incurren si no cumplen diversos y múltiples requisitos, entre ellos el de saludar al Presidente de la República cuando lo encuentren por la calle. Un mensajero esperaba ya a Ildefonso y a su esposa. Los lleva ese enviado a la mansión que el presidente les tenía preparada. La casa es baja, con techumbre de tejas rojas, con un ventanito sin cristal. El menaje se compone de una cama con una frazada, una mesa y una tinaja. Los dejan solos, y la esposa de Ildefonso, de pronto, al considerar en dónde se han metido—¡en dónde se han metido viniendo de París!,—se echa a llorar. Un buen argentino, don Sinforiano Alcorta, consuela a los esposos y les promete mandarles muebles y no abandonarles.

Se hace de noche. Como el calor es grande, el ventanito se ha que-

dado abierto; por él entran grandes murciélagos, que andan revolando por la habitación toda la noche, y apenas es de día, una cabeza aparece en el ventano y grita: *¡Carai guasú te llama!* En idioma *guaraní* esto significa *el señor grande te llama.* El señor grande es el Presidente de la República. Ildefonso se viste y se encamina al palacio presidencial. El palacio es una vivienda de planta baja. La precede un corredor, con tejadillo sostenido por columnas de madera. Espera un momento Ildefonso, en charla con la guardia de palacio, y es llevado luego a presencia del presidente. El presidente es, como su hijo Panchito, un hombre simpático. Se halla en calzoncillos; él se disculpa, diciendo: «¡Somos republicanos!» Encima de la mesa tiene un sombrero de copa, blanco. Charlan cariñosamente don Carlos Antonio López y el español. De pronto, el presidente le pregunta a Ildefonso: «¿Cómo ha pasado usted la noche?» Ildefonso dice que bien; pero que los murciélagos le han inquietado un poco. Al oir esto, la faz del presidente se pone hosca; echa mano a una campanilla don Carlos y la agita con furia. Don Carlos — lo hemos dicho — no gasta bromas. El Paraguay lleva treinta años de paz inalterable; a don Gaspar Francia ha sucedido, en la presidencia, don Carlos Antonio López; a don Carlos sucederá su hijo Panchito; es decir, don Francisco Solano López. Un criado ha acudido al son de la campanilla. El presidente vocea: «¡Traeme el sombrero negro!» Cuando el presidente se pone el sombrero blanco las cosas marchan bien; cuando se toca con el negro, su humor es endiablado. Se ha puesto el presidente el sombrero negro y ha llamado al ministro de Hacienda. El ministro se cuadra y escucha lo siguiente:

—No me sirven ustedes más que de estorbo. ¡Son ustedes los ministros unos badulaques, y usted un animal!

El ministro, sumiso, responde:

—Sí, señor.

Y el presidente le dice que acaba de saber que una de las mejores fincas de la República está entregada a los murciélagos, y que eso es intolerable. Es preciso evitar ese desavio y buscar, por lo pronto, otra casa para los dos españoles que acaban de llegar. El ministro de Hacienda calla, y el presidente grita:

—¡Qué me mira usted, so bárbaro! ¡Obedezca usted lo que se le ha mandado, y quítese de mi presencia antes de que vaya la campanilla a su cabeza!

Horas después, en Consejo de Ministros, se trata del gravísimo asunto de la máquina fotográfica, e Ildefonso ha de intervenir para que al portador del artefacto no le pase algo definitivo e irremediable.

Por correo he recibido de América, como otros compañeros míos, un folleto titulado *Un tirano de Sudamérica.* Este tirano es nuestro conocido Panchito, o sea Francisco Solano López, hijo de don Carlos Antonio. Panchito y don Ildefonso Antonio Bermejo se conocieron en París. Todo lo relatado sumariamente arriba está tomado del libro de Bermejo, publicado en 1873. *Episodios de la vida privada, política y social en la República del Paraguay.* Libro ameno, curioso, interesantísimo, lo que hemos extractado no son sino las primeras páginas. Panchito llegó, de retorno de París, al Paraguay estando aún allí su amigo Ildefonso.

Y Panchito le decía a Ildefonso, en los momentos de intimidad:

—Deje usted que yo suceda en la presidencia a mi padre y verá usted. Ildefonso, cómo dulcificamos las costumbres.

¡Oh, ironía, querido Castrovido!

AZORÍN

(*A. B. C.*, Madrid).

LISTA DE LIBROS
de autores hispanoamericanos que se venden en la Adn. del "Repertorio Americano".

Poesía

Almafuerte: El Misionero .... ₡ 0.50
Argüello, Santiago: El alma dolorida de la Patria 3.00
Bernal, Emilia: Como los pájaros.............. 1.50
Arturo, Borja: La flauta de onix 2.00
Brenes Mesén, Roberto: Pastorales y Jacintos 0.50
Luis, Cané: Mal estudiante.................... 4.00
Evaristo, Carriego: Poesías................... 3.00
Gamboa, Isaías: Flores de Otoño............... 2.25
Coto, Rubén: Para los gorriones (Poemas en prosa)........................... 1:50
Guido y Spano, Carlos: Poesías escogidas... 1.50
Hernández, José: Martín Fierro 1.25
Ibarbourou, Juana de: El cántaro fresco..... 1.50
Ivanovitch, Dmitri: La ventana y otros poemas 1.25
López de Mesa, Luis: Iola (Poemas en prosa) 1.25
Magallanes Moure, Ml: Florilegio 2.00
Martí, José: Versos 1.00
Méndez, Evar: El Jardín secreto 4.00
Méndez Calzada, Enrique: Nuevas devociones Líricas........................ 4.00
Nalé Roxlo, Conrado: El grillo 4.00
Olivares, José: Poesías....................... 1.00
José, Pedroni: Gracia plena................... 4.00
Rega Molina, Horacio: La víspera del buen amor.......................... 4.00
Storni, Alfonsina:............................ 4.00
Torres Bodet, Jaime: Biombo:.................. 3.00
Torres Rioseco, Arturo: En el encantamiento 1.25
Ureta, Alberto: Florilegio.................... 0.75
Valdés Roig, Ciana: La fuente sonora (Poemas en prosa).......................... 0.75
Valle, Rafael Heliodoro: Anfora sedienta.... 3.00

Ficción

Alfaro, Anastasio: El Delfjn de Corubicí..... 2.00
Chacón y Calvo, J. M.: Hermanito Menor.... 1.00
Fernández Guardia, Ricardo: La Miniatura... 1.25
Guzmán Saavedra, G.: Los provincianos..... 4.00
Icaza, Xavier: Gente mexicana............... 3.00
Jiménez, Octavio: Las Coccinelas del rosal.. 0.50
Lugones, Leopoldo: Filosofícula.............. 4.00
Magón: La Propia (Cuadros de costumbres costarricenses) 2.50
Masferrer, Alberto: Una vida en el Cine..... 1.50
Quiroga, Horacio: El desierto................ 4.00
Historia de un amor turbio 4.00
Cuentos de amor, de locura y de muerte................... 4.00
E. Roig, de Leuchsenring: El caballero que ha perdido su señora (Cuadros de costumbres cubanas................... 1.50
Tovar, Rómulo: De variado sentir............ 0.50
En el taller del platero...... 0.50
Ugarte, Manuel: Cuentos de la Pampa....... 1.25
Valle, Raf. Heliodoro: El rosal del ermitaño. 0.75
Velazquez, Samuel: Madre.................... 1.25

Artículos y ensayos

Brenes Mesén, Roberto: El misticismo como instrumento de investigación de la verdad............................. 0.50
Las categorías literarias............. 1.00
Capdevila, Arturo: Los paraísos prometidos. 4.00
Carbonell, Diego: Reflexiones históricas y conceptos de crítica 3.00
Chacón y Calvo, J. M.ª: Ensayos sentimentales 1.50
Darío, Rubén: Rubén Darío en Costa Rica. (Segunda serie)...................... 1.25
Díez Canedo, Enrique: Sala de retratos...... 1.00
Escobar, José Ignacio: Escritos.............. 0.50
Hispano, Cornelio: Cesarismo teocrático..... 0.75
Jiménez, Ricardo: Colegio de Cartago....... 0.50
Lugones, Leopoldo: La organización de la paz 2.00
López de Mesa, Luis: Orientación ideológica 0.50
Masferrer, Alberto: Pensamientos y formas 1.50
Ensayos sobre el Destino 1.50
Martí, José: La Edad de Oro (2 vols)........ 4.00
Nin Frías, A.: Páginas Escogidas............ 2.00
Pacheco, León: Personalidad literaria de Ventura García Calderón................ 0.75
Pérez, Santiago: Artículos y Discursos...... 0.50
Torres Ríoseco, A.: Walt Whitmann.......... 1.50
Torri, Julio: Ensayos y Fantasías............ 0.50
Tovar, Rómulo: De Atenas y de la Filosofía. 0.50
Varona, E. J.: Lecturas...................... 0.50
Con el eslabón (2 cuadernos).. 1.00
Vasconcelos, José: Artículos................. 0.50
Vaz Ferreira, Carlos: Reacciones............ 0.50

Oratoria

Aramburo y Machado, Mariano: Discursos... 0.50
Bolivar, Simón: Discurso en el Congreso de Angostura.......................... 1.50
Díaz Rodríguez, Manuel: Cuatro sermones líricos............................ 0.50

Viajes

Gómez Carrillo, E.: Ciudades de ensueño.... 0.50

Biografía

Hispano, Cornelio: Bolívar................... 1.00
Lugones, Leopoldo: Elogio de Leonardo..... 1.00
Picado T., Cl.: Pasteur y Metchnicoff....... 1.25
Sarmiento: Facundo.......................... 1.50
Varona, E, J.: Emerson...................... 0.50

Historia

Lufriú, René: Ensayos de divulgación histórica.......................... 3.00

Miscelanea

Barbagelata, Hugo de: Una centuria literaria (Poetas y prosistas uruguayos. 1800 1900)............................ 7.00

Solicitudes que no vengan acompañadas del importe correspondiente, no serán atendidas. Equivalencia: ₡ 4.00 igual a $ 1.00, oro americano. Bajo cubierta certificada o por giro postal.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

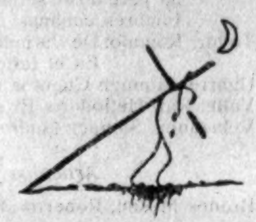
FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: **$ 3.00**

HABANA, CUBA

Tres romances chinos

(La Nación, Buenos Aires).



Definición

Cifran por cuarenta y cinco
—número de gran poder—
estos antiguos romances
el amor total y fiel.

Perfecto anillo de jade
para quien sepa entender.
Por eso, también, los llaman
Los Números de La Fe.

La firma

En diecisiete alfabetos,
desde el antiguo Ku-Wen,
hasta el Fen-Shu-Shuán aciago,
que en los sepulcros se ve,
por su Dama de Belleza
cantó el bardo Teu-Se-Chuen.
Cantó en diecisiete loas
todo su mal y su bien,
grande uno y pequeño el otro,
según cuadra, por mi fe,
que, de suyo, abunda el hierro,
pero el oro escaso es.

Cantó el poeta el encanto
de aquella primera vez,
cuando bajo las glicinas
se encontraron sin querer.
Cantó la cita en la fuente
que recreaba el vergel,
y la primera sonrisa
que premió una flor cortés.
Y la primera congoja,
y el primer silencio cruel.
Su garbo y su voz de plata,
sus cabellos y sus pies,
sus manos y sus mejillas,
y sus dientes, que antes de él,
con la gotas de rocío
nadie comparó, tal vez.
Digno de la boca fresca
que así alabó, digno fué,
pues no hay cosa más hermosa
que el rocío en el clavel.

Cantó dos veces los ojos
que lo atormentaron cien,
con alfabeto de estrellas
por su celestial poder,
y alfabeto de diamantes
por su noble esplendidez.
Cantó la dicha de amarla,
con que ella le hizo merced;
y ante tal gloria, el asombro
de su indigna pequeñez.
Y por último, aquel día
en que al verla y comprender,
sus recuerdos más hermosos
sepultó sin interés.

Mirad si son diecisiete
los elogios que conté.

Yo tengo un solo alfabeto
y una sola pluma fiel,
tosco bambú que han pulido
mis dedos de bachiller,
siempre manchados, por culpa
de una dulce insensatez.
Cómo igualarme podría
con el docto Teu-Se-Chuen,
ni aspirar a coronarte
con parecido laurel.
Mas, yo también, aquel día
en que al verte me angustié
con la inefable congoja
de lo que iba a acontecer;
si no supe bien cantarte,
pues, sin atinar por qué,
una alteración profunda
me echó la letra a perder,
y se me subió a la cara
la blancura del papel:—
tinta de púrpura ilustre
por digna de ti saqué,
de esa con que sólo puede
el emperador poner
su nombre augusto en que, a un tiempo,
vida y muerte ve la grey.
Ardiente como la aurora,
en su heroico rosicler
un degüello de dragones
pareció resplandecer.
Soberbia como las rosas,
cuando esa tinta saqué,
notaste, acaso, que un poco
crecía mi palidez,
y emperador por tu gracia,
si esclavo de mi querer,
con esa púrpura viva
la sumisión te firmé.

La suerte

Quince princesas bogaban
cruzando el lago Zun-Leng,
en una barca graciosa
donde estaba yo también
con Shan-To-Tsan, el poeta,
y con el bonzo Cheng-Tse,
quienes, a furto, debían
juzgar su hermosura y prez,
que el emperador, entre ellas,
quería tomar mujer.

Aunque yo, si lo sabía
no me contaba por juez,
quise ocupar bien mis ojos,
pues era ocuparlos bien,
examinar tanta gracia,
así exenta de doblez,
y más, siendo en su designio
tan honesto el proceder.
Por más que, de cuando en cuando,
y al disimulo también,
mis lentos ojos perdía,
siguiendo el fino bauprés,
tras los contornos azules
de los montes de Lo-Yeng,
donde en nuestra humilde choza
tan lejana te dejé.

Catorce remos de plata
mecían la placidez.
La timonera reía,
viendo una estrella caer
en el agua violeta
que la alargaba al vaivén,
resbalada en oro trémulo
como una anguila en la red.
El poeta, por agrado,
cantaba con su rabel.
Yo acompañaba en mi flauta,
por fineza y por deber.
El bonzo miraba al cielo,
y eso bastaba para él.

Vestidas de blanco y rosa,
las princesas del bajel,
fantaseaban peonías
de amorosa languidez,
que el reflejo deshojaba
como un danzante vergel.
Quince dones de belleza
completaban en un ser,
con perfección que, de cierto,
no ha de alcanzarse después.
Y cada una, por el suyo,
digna era del trono, a fe.

Una, en su frente lucía
la triunfante candidez
de la nieve de montaña
que dora el sol al nacer.
Otra, en sus rizos fragantes,
de almizclada morbidez,
los jardines de la noche
sentía desfallecer.
En los ojos de la otra,
reinar a un tiempo se ve,
la paloma en la dulzura
y el halcón en la altivez.
Otra posee en las frescas
mejillas de rosicler
las mitades de manzana
del manzano del Edén.
Otra, la boca florida
que alabar fuera ofender,
con el beso de la rima
menos dulce que su miel.
Otra, ese cuello en que el lirio
alza ya cetro de rey.
Otra el talle de palmera,
otra el porte del laurel;
otra el andar armonioso,
otra los menudos pies
que un día al trono llevaron
la bailarina Fi-Yen,
conforme en galana trova
cantó el poeta Tsiang-Tien.
Otra, las manos que imperan
con indolente merced.
(De almendra por la ternura,
de mármol por la esquivez).
Largas manos que dispensan
todo mal y todo bien.
Otra la noble sonrisa,
otra la límpida tez,
otra la voz con que canta
la fuente al anochecer.
Y otra, la más peligrosa,
porque lleva en su esbeltez
aquese don del encanto
que nadie sabe lo que es.

Tocábamos ya la orilla,
la otra orilla del Zun-Leng,
cuando a Shan-To-Tsan, el bonzo
preguntó con interés
si entre nosotros estaban
sin faltar una a su ver,
las princesas del Imperio,
puesto que bajo esa ley
de la total hermosura,
sin omisión ni doblez,
el emperador quería
tomar entre ellas mujer.
Sonrió el poeta y dijo:
—Están todas. Y a mi vez,
yo, con una reverencia,
—todas están, afirmé.

Ya en la sombra se borraban
las montañas de Lo-Yeng,
donde, en nuestra humilde choza,
bien segura te dejé.
Bellas eran las princesas,
yo las aplaudí cortés,
y en cada una de sus gracias
tu ausencia glorifiqué.

El cuño

Trece varillas de laca,
laca del Coromandel,
donde sueña un oro antiguo
en cuyo fondo se ve
valerosamente abierta
la puerta azul de Yu-Men,
por donde pueden las hordas
sobre el Imperio caer;
mientras con igual decoro
se advierte por el revés
el Camino de las Dalias
que, al borde, trunca en bisel
una esquina de pagoda,
donde cuelga un cascabel...

Trece varillas de laca
tiene el abanico, pues,
de Pan-Tié-Tsú, favorita
del ilustre Hiao-Cheng,
a quien, por fino mensaje
de su amor, lo envió una vez.
Trece cigüeñas doradas
cruzan el blanco papel;
trece cigüeñas de oro,
que sin llegar ni volver,
aspiran al bien amado,
suspensas de su querer,
Pues en la llegada habría
saciedad sin interés,
y en el regreso abandono,
(que es arriesgada la fe,
y sólo en sus propias alas
halla, volando, sostén).

Ahí te mando el abanico,
que de un letrado heredé.
La constancia simboliza,
pero es frágil el papel,
y todo aquello que vuela
puede un día no volver.

Trece linternas moradas
que simbolizan la fe
en las trece incertidumbres
a que ha llegado el saber
de bonzos y mandarines
cuya erudita avidez,
trompa de elefante ciego
yergue, rugosa de sed:
La del alma y la materia,
la del mal y la del bien,
la del tiempo y el espacio,
la del dolor y el placer,
la de la vida y la muerte,
la del cómo y el porqué,
y la del propio deseo
que se empeña en comprender.
Bazar de espejos que invierten
en sapiencia la sandez.

Trece linternas moradas
decorarán tu dintel,
con murciélagos oblicuos
decoradas a su vez.
Hartas de lucir en vano
sobre el ilustre almacén,
en alumbrar tu hermosura
mejor uso han de tener.
En su crespón elegante
columpiará tu desdén
la inútil sabiduría
de indagar y padecer.
Y acaso aquellos oscuros
murciélagos al través,
simbolicen los desvelos
de los celos que me des.
Nítidas son las linternas,
nítidas como mi fe.
Mas, todo lo que ilumina,
puede a cada instante arder.

En trece coplas de oro,
que copas podrían ser,
Tsu-Kiá-Liang el alma puso,
con la jovial sencilez
del que escancia un vino ilustre,
que es elogioso beber
en la devota mesura
de una invitación cortés.
Para celebrar, rendido,
sus nobles amores, fué;
mas, no creáis que al bullente
frenesí de la embriaguez,
descompuso su sonrisa,
ni se trabaron sus pies,
ni desordenó sus manos
la premura del placer.
Pues su ademán dilataba
la gracia y la placidez,
con la lentitud del humo
del sándalo y del ciprés,
que ardían en su brasero,
tan generosos como él.

En la acendrada nobleza
del vino del parabién,
la sinceridad de su alma
supo fielmente poner.
Y en la calidad del oro,
la gloria y la solidez
de aquella afección tan pura
que nadie llegó a saber,
si no es, acaso, su amigo,
el predilecto Won-Luén,
ante el cual, no sin ingenio,
un día a Li-Si alabé,
por ese primor con que ella
transparenta su esbeltez,
en gasa amarilla y rosa,
cual los juncos del Yan-Tsé,
que el sol poniente ilumina
con dos luces a la vez.
Mas, Won-Luén, ante mi elogio,
se inclinó sin responder,
y con mirada remota,
sonrió y calló después.

Tales son las áureas coplas
del misterio y de la fe,
en que yo el alma pusiera
para alabarte a mi vez,
que no me faltan el vino
ni el oro del buen querer
pero, todo lo que vale,
se puede un día perder.

Más que oro, crespón y laca,
preferí en su rustiquez
el hierro de la franqueza
para acuñarte mi fe.
Yunque le adecuó mi pecho;
mi pasión tenaza fué.
Lo que el corazón haría
fácil es de comprender.
Martillo, tenaza y yunque,
a mis penas apliqué.
Trece clavos hice de ellas
para herrar a mi corcel.
Del hierro de trece abrazos
el pecho me acoracé.
Di en lanza de trece palmos
medida a mi intrepidez,
y en trece coplas de hierro
la constancia te juré.

LEOPOLDO LUGONES

Juicios de la crítica francesa sobre una novela americana



La novela que Francisco Contreras ha publicado hace poco en París, con el título de La Ville Merveilleuse, *ha obtenido de parte de los críticos franceses muy honrosos juicios. Damos a continuación tres de esos juicios, por tratarse de una obra profundamente americana.*

«No es a una ciudad imaginaria y a un reino fabuloso donde nos conduce el Sr. Francisco Contreras al invitarnos a visitar, con él, *La Ville Merveilleuse*. Propónese contarnos en una serie de novelas, la primera de las cuales tiene aquel título, la vida de la América Española y, en particular, de Chile. Al contrario de lo que generalmente se cree, nota el Sr. Contreras, los pueblos de la América Española unidos por la comunidad del origen y de la lengua, constituyen un conglomerado social que posee caracteres propios y una tradición genuina y rica. En ellos se encuentran costumbres, gustos, juegos, danzas, fiestas, habitudes características y de un pintoresco particular. Se pueden, además, notar allí vestigios de una verdadera mitología inspirada por la teogonía indígena y por la superstición española, pues, como todas las sociedades jóvenes, los pueblos hispano-americanos muestran una intuición muy viva de lo maravilloso. De ello resulta un fondo tradicional que se conserva activo y viviente, a pesar del progreso y de la emigración extranjera, más aparente en los campos y las aldeas, pero visible también en las ciudades y aun en las capitales. Al contacto de ese fondo vigoroso las costumbres importadas llegan a modificarse: el medio obra sobre ellas lo mismo que sobre la cultura europea que, a su vez, se transforma de manera original... De estos conceptos ha partido el Sr. Contreras para interpretar la vida de la América Española, considerando lo maravilloso como la simbolización subconsciente del espíritu de un pueblo. Para tal estudio ha escogido la forma de la novela, pero de una novela especial dividida en episodios que se ligan de manera más o menos estrecha. La composición fragmentaria no rompe, por lo demás, en lo menor la unidad de la obra. Hállase ésta mantenida por un grupo central al rededor del cual gira la narración, conducida con mucha habilidad, en que entran numerosos personajes. Ellos animan los siete episodios que componen *La Ville Merveilleuse* y que constituyen la historia de la familia Herrera. El Sr. Contreras la ha escrito en un estilo pintoresco, lleno de imágenes, que muestra en él a un escritor bilingüe que conoce bien nuestro idioma. Agreguemos que, a su verdadero talento de novelista, el Sr. Contreras une el de un excelente crítico, y que él es también autor de varias colecciones de poesías castellanas muy justamente reputadas...»—HENRI DE RÉGNIER. *(Le Figaro,* 25 de noviembre).

«Lo que sobre todo llama la atención en la novela *La Ville Merveilleuse* del Sr. Francisco Contreras es la intensa poesía que de ella emana.

Este escritor hispano-americano, que los lectores del *Mercure de France* conocen y aprecian, y sobre el cual el Sr. Jean Royére les ha hablado, notando que posee «un estilo directo y maravillosamente evocador», ha logrado hacer, en efecto, una obra épica y legendaria (la primera de un ciclo que interpretará la vida de la América Española) y que, si se inspira en la realidad, exalta ésta hasta el mito. Los personajes que el Sr. Contreras anima en paisajes brillantes de sol, y nos muestra en aventuras ya cómicas y pintorescas, ya misteriosas y dramáticas, son los representantes de una raza ardiente y vigorosa, que conserva sus instintos jóvenes y cuyas pasiones se complican o se avivan de supersticiones sombrías o pueriles. Paréceme hallar en el Sr. Contreras algo del verbo a veces excesivo de un Paul Adam a quien sus afinidades atraían, por lo demás, hacia la América Latina; pero este verbo, aquí despojado de ideología, se enriquece, en cambio, de todo un *folklore* admirable, ingeniosamente interpretado e incorporado con arte a una vibrante pintura de costumbres, a una serie de cuadros sugestivos, en su variedad, de la vida profunda de una raza».—JOHN CHARPENTIER. *(Mercure de France,* 15 de febrero).

«Francisco Contreras que, desde hace largo tiempo, reside en París, donde sirve con igual fervor las letras de su país y las nuestras, ha sabido conciliar armoniosamente, en su personalidad, las nostalgias y turbulencias del americano con una cultura firme y auténtica asimilada entre nosotros. Así, su libro *La Ville Merveilleuse,* escrito en francés pero lleno del alma americana, consigue, al contrario de tantas traducciones, revelarnos su ambiente extranjero y enriquecer nuestra sensibilidad. Es una especie de epopeya en episodios diversos, pero en los cuales aparecen los mismos personajes. Por lo demás, lo que se ha propuesto el autor no es el desarrollar una intriga, es el sugerir todo un mundo tan lejano, tan perdido en el fondo de Chile, que se aleja de nosotros, no solamente en el espacio, sino también en el tiempo, y parece perderse en anacronismos y en sueños. Esa pequeña ciudad, esas gentes, criollos, bandidos, curas, burgueses, políticos, militares de uniformes cómicos: todo está pintado según un exotismo sincero y perfectamente estilizado, y parece revivir en aquel país fantasista que llamaban antaño las Islas, de donde han volado las *Clara d'Ellebeuse* y las *Pommes d'Anis* de Francis Jammes... Un universo completo nos aparece, con su forma y su sombra, realidad y ensueño, inventado por un escritor que ha sabido sentir su patria y asimilarse, con una mesura y un gusto perfectos, nuestro arte, nuestra lengua y nuestra cultura. Esta ciudad maravillosa forma de hoy más parte de nuestra geografía poética y ha de fijarse entre nosotros de manera inolvidable, como una estrella encontrada de nuestras mil y una noches».—JEAN CASSOU. *La Revue Europeenne,* mayo).

El hombre verde



I

El hombre verde

En la calle, donde me había detenido, aquel pobre muchacho, exaltado y nervioso, me contó la siguiente extraña historia, según me dijo «porque las espaldas de un solo corazón no podían con tanta pena».

Habló así:

—Estaba sentado en una de las bancas que se encuentran en nuestro Parque Central, cabe la estatua de Colón, donde había llegado como siempre vagabundo y ocioso, cuando se aproximó la desconocida, acompañada de otra mujer. Se sentaron en una banca cercana.

Permanecimos los tres algunos momentos en silencio, contemplándonos furtivamente, hasta que la desconocida habló, dirigiéndose a su amiga en voz queda, pero que oí distintamente, al mismo tiempo que con sobrio movimiento me señalaba con el dedo:

—Mira: el hombre verde...

Y hasta entonces no me fijé en que merecía esta denominación. En efecto, Ud. sabe que desde que me conoce me toco de verde: verde era mi traje, de un verde oscuro; de un verde más claro mi sombrero; verde mi corbata; mis zapatos, aunque amarillos, estaban a tono. Debo llamarle la atención sobre que mis ojos también son verdes.

Dos o tres veces mas sin previo acuerdo pero con tanta exactitud como si acudiéramos a una cita nos encontramos la desconocida y yo a la misma hora de la tarde y al pie de la estatua de Colón.

A la semana siguiente transitaba yo por una calle de la ciudad cuando se me acercó un chiquillo y me entregó un sobre abierto. No sé decirle por qué me estremecí violentamente cuando leí en el sobrescirto: «Para el hombre verde».

Me daban una cita en una casa que a pesar de mi escaso conocimiento de esta ciudad, a donde llegué hace poco tiempo, comprendí que quedaba en los suburbios. Firmaba únicamente Alicia, pero no era posible equivocarse. Alicia era la dama del Parque Central. Por lo demás, el texto no podía ser más lacónico:

—«Necesito hablarle de toda necesidad hoy a las dos de la tarde, en la casa No. X de tal calle.»

Excuso decirle que concurrí. La casa quedaba, como había previsto, en los alrededores de la ciudad. Era casi una casa de campo y a ella conducía una avenida de cipreses.

—¿Una señora que se llama Alicia?

—Sí; aquí es.

La pizpireta sirviente me miró con curiosidad y agregó sin pedirme que dijese mi nombre:—Hace un rato que lo está esperando. Pase Ud.

Entré a la habitación a que me condujeron. Casi estaba desnuda de muebles. En un ángulo había una pequeña mesita y en ella cigarrillos, y a lo largo de una pared un cómodo diván; y nada más, ni una silla siquiera. En el diván me esperaba la dueña de la casa, semitendida. ¿Quiere que se la retrate? Para qué. Todo huelga aquí. Por la historia Ud comprenderá que su heroína no podía ser vieja ni fea. Sin necesidad de que se la describa puede Ud. imaginarse la indumentaria de mujeres de esta clase.

En el medio de la habitación, con el sombrero en la mano y sin hablar ni escuchar ninguna palabra permanecí, sin exageración, como veinte minutos. Al fin Alicia habló. Y fíjese Ud. en todas y cada una de las frases porque ellas se la darán a conocer mejor de lo que podría mi discurso.

—¿En qué te ocupas?

—En nada, le contesté cínicamente.

—¿Como que eres medio poeta?

—Sí; es cierto.

Mis contestaciones parecían agradarle sobremanera. Le complacía aquella fácil presa codiciada por su sensualidad: un adolescente ocioso y, hay que agregarlo, vicioso, que además hacía versos. Por eso su voz revelaba contento e interés cuando agregó:

—¿Entonces se puede decir de ti que eres un bohemio?

—Sí.

Después un largo silencio como de media hora. Aquella mujer me acechaba, acostada cómodamente y con los ojos semicerrados a veces. Me cansé de estar de pie y, fatalmente—no había ningún asiento en la habitacion—y con lo que no puedo llamar osadía porque se caía de su peso—todo estaba calculado—me fuí a sentar a los pies del diván. Pero tengo que confesarlo que aunque yo no soy un colegial, el lujo y la clase de aquel temible huésped me intimidaba y mis movimientos tuvieron la brusquedad del que necesita apelar a todo su valor para salir de una posición embarazosa.

Se sonrió al verme sentarme a su lado,

y medio se incorporó murmurando, mientras me tomaba las manos:

—¡Vaya! al fin.

Excuso contarle lo que siguió. Sólo tengo que decirle una cosa terrible: aquella mujer estaba loca. ¡Era sádica! Y ahora tengo que descubrirle algo que se le ha ocultado, a pesar de nuestras frecuentes relaciones: con Alicia fuimos tal para cual: chocaron el hacha y la piedra. ¡Porque yo también soy sádico!

Yo entonces acudía a casa de Ud. a leerle mis versos con una especie de rabia, porque Ud. siempre los encontraba malos y me lo decía sin rebozo. Y esto era precisamente lo que me hacía visitarlo: la verdad de sus palabras en que no había ni temor ni envidia! Ahora comprenderá Ud. porque me vió de pronto vestirme bien y alhajarme. ¡De qué angustiosa manera pagaba aquellas dádivas!

Pero ahora llega lo terrible: lo que hace quince días me hace perecer de espanto. Hace ese tiempo que le señalo, como medio mes, que llegué por la vez última a la casa de Alicia.—No puedo, no podré volver nunca.—Empezaba a oscurecer. Había traspuesto la puerta de la reja que cierra la propiedad y ya casi llegaba a su casa de habitación, cuando de pronto vi dos puntos brillantes, dos ojos luminosos que se fijaban en los míos a muy corta distancia, y me alucinaban, al mismo tiempo que dos manos invisibles me oprimían el cerebelo de una manera dolorosa. Caí desvanecido bajo los cipreses.

El suave contacto de una mano húmeda y tibia en mis manos y un olor a éter, a alcohol y al perfume de Alicia, por mí muy conocido, fué lo primero que sentí al recobrar el conocimiento. Alicia me acariciaba con ternura.

Cuando le conté lo que me había pasado me oyó con ojos muy abiertos y a medida que avanzaba mi corta relación un terror cada vez más vivo hacía estremecer sus miembros. Cuando concluí, se cubrió los ojos con las manos y se dejó caer murmurando con indefinible espanto:

—¡Es ella! ¡Es ella!

II

Cómo se compuso "El hombre verde"

Cuando Cornelio me contó, tembloroso, excitado, en plena calle, cabe los derruidos muros de la iglesia de San Francisco, su maravillosa historia de *El Hombre Verde* el artista impenitente que hay en mí prorrumpió en un caluroso aplauso.

—Pero, hombre, ¿por qué hace Ud. tan malos versos cuando puede hacer tan admirables cuentos? Usted, como muchos, ha desconocido hasta hoy su verdadero camino. Usted es un cuentista sin igual. Su extraña historia de *El Hombre Verde* es digna de que la firmen Hoffman o Poe. En el difícil género,—acaso el más sugestivo y digno de interés—de estos dos autores, no conozco nada más puro.

Los dos caracteres del hombre y de la mujer—sus protagonistas—están trazados de manera magistral. ¡Qué sobriedad y qué discreción de líneas! Nada falta, nada sobra, como en la obra de un buen escultor. Y luego ¡son dos caracteres extraordinarios! La percepción que del matiz tiene Alicia cuando exclama: —Mira: el hombre verde— refleja toda una fisonomía moral y es digna de Lorrain. La aristocracia y la originalidad de sus personajes es única. No hay nada en el breve cuento que no sea nuevo. Su prostituta y su bohemio son singulares. Y luego, la composición del lugar del gabinete en que Alicia espera a ¿quién? ¿Cómo se llama su héroe?

—Pero si el héroe soy yo. Yo he vivido esa historia.

—Pues bien, la composición del lugar del gabinete en que Alicia recibe a Cornelio es originalísima. Aquella salita en que no hay más muebles que un diván que sustenta a una mujer en reclamo; y en que el hombre en pie forzosamente al cansarse y buscar reposo ha de aproximarse a la hembra que lo codicia, es de una sencillez... Añada Ud. que Alicia sólo pronuncia tres frases; pero que en estas tres frases, que son tres preguntas, queda toda una psicología de hetaira. Le diré a Ud. lo que a mí me dijo Darío: —¿Pero qué minas nuevas ha encontrado Ud en un Eldorado ideal?

Cornelio sonrió con la feroz, con la morbosa vanidad que lo hacía un hombre de Lombroso, completamente satisfecho. Quiero recordar aquí al lector que la vanidad, llevada a extremos inconcebibles para el hombre sano, es uno de los más comunes caracteres del criminal. Desde el que quemó el templo de Efeso hasta el artista descrito por la novela moderna que mata para hacer una obra única, en este terrible estigma del egoísmo llevado hasta el delito se encuentran muchas veces el creador literario y el delincuente.

Yo continué. Por otra parte en su maravilloso cuento se aunan la belleza artística y la verosimilitud absoluta. Su héroe, que cae desvanecido al ver dos ojos luminosos y sentir dolorosa presión en el cerebelo, para el lector corriente cae poseído por un espíritu infernal de sensualidad, para el médico cae debilitado por excesos de lujuria. Para el médico sus dos protagonistas son desde el principio hasta el fin dos bonitos tipos de degenerados. Yo afirmo que ambas versiones, la de la influencia de un espíritu del mal y la científica, acaso no se contradicen. Pero eso no nos importa ahora. El hecho es que en su obra, como en toda obra bella, no falta el elemento de la verdad.

Cornelio se separó de mí. Con la admirable retentiva que constituye uno de mis dotes de artista, yo conservé el cuento en la memoria palabra por palabra, y lo referí, mejor dicho, lo leí a varios amigos literatos. Todos convinieron en su extrema belleza.

Un día llegó a mi casa Cornelio, semibeodo y más loco que nunca.

—Usted me ha perdido. Usted es mi asesino, me dijo exabrupto; y por la exageración de su frase ya puede el lector darse cuenta de lo morboso que era mi amigo Cornelio.

—Pero, hombre, calma. Veamos por qué lo he perdido.

—Porque contó mi cuento a varios escritores y sé por lo menos de dos que ya lo están escribiendo. El primero, Ariel. Hoy mismo me lo dijo. ¡Y oígame bien! Si Ariel lo escribe, si me roba la obra que me hará famoso, yo lo mato.

Volví a ver a Cornelio y pensé que acaso aquella no era una vana amenaza. No puedo afirmar la exactitud de mi percepción, pero siempre lo había percibido como el tipo del delincuente. Un día aquel gran simulador me dijo que si él no hiciera literatura acabaría por ser homicida. Pero como yo recordé que hacía pocos días le había prestado una obra de criminología en que se afirmaba que el arte es muchas veces válvula de escape de tendencias morbosas y preserva del crimen, no quise hacerle caso. Nunca creí a Cornelio capaz del crimen. Era más bien el tipo del parásito social, vagabundo, ocioso y vicioso, que llega hasta la estafa; pero se detiene ante el robo y el homicidio. Pero hay que confesar que a veces su cara de chacal inspiraba miedo, sentimiento del que él se prevalecía en el círculo de sus camaradas. Y esta ocasión era una de esas. Con aquel hombre morboso no se sabía claramente qué esfera de la delincuenccia limitaba sus acciones, y era preciso temerlo todo. Sobrexcitado por el alcohol y la vanidad herida, daba vueltas en torno de la sala como una fiera enjaulada, vociferando. Su repulsivo rostro, animado por dos ojos verdosos, me inspiraba terror, a pesar del gran afecto que le tenía. Hubo un momento en que, con más o menos disimulo, llevé mi mano al rededor de su cadera derecha, sitio habitual del revólver. Allí podían estar, escondidas, las mandíbulas de aquel chacal. Las garras y los dientes de la fiera humana son artificiales. Por fortuna, busqué en vano.

El estigma que más lo marcaba, después de la vanidad, era el de la mentira. Insistentemente se había colocado ante mi máquina fotográfica, a pesar de que conocía su exactitud y su crueldad. Pero es que acaso esperaba que lo hiciera salir airoso su constante simulación.

Tanto porque no podía prever hasta qué punto podía ser cierta su amenaza de castigar a Ariel, como porque le tenía afecto (pues era un individuo muy interesante, inteligente y digno de cariño) y sobre todo, porque quería dar fin a sus molestas quejas, le dije:

—¿Por qué no escribe usted mismo su historia del hombre verde?

—Ya está hecho, me contestó sacando del bolsillo un manuscrito.

Sentado sobre una silla mecedora lo tomé y lo leí. En una silla de igual clase, en continuo movimiento, Cornelio tenía una expectación ansiosa.

Su cuento era sencillamente lamentable. Las partes capitales de aquella bella historia, que constituían su magnífica estructura,

estaban omitidas. Las había olvidado el presunto autor. En cambio, qué abundancia de detalles estúpidos...

Se lo hice ver.—Oiga, le dije. Toda su historia gira al rededor de cuatro momentos. Aquel en que Alicia dice.—Mira: el hombre verde. El de la misiva con el sobrescrito «Para el Hombre Verde». El de las tres preguntas de la meretriz, que la retratan de cuerpo entero. Y por último, el momento en que se describe la sencillez del mueblaje de la habitación, en que no hay más que un canapé. La postrer pincelada que remata magistralmente su historia, está en las dos palabras que Alicia repite al caer desvanecida. ¡Es ella! ¡Es ella! ¡Y usted precisamente ha olvidado todo esto! ¿Tiene usted buena memoria? Le voy a contar lo que, según usted, le aconteció a usted mismo, no sin hacerle observar que es muy extraño que yo, el auditor, tenga que contarle la verdadera historia a usted, el protagonista. ¿O usted, como tantas otras veces, me ha contado en esta ocasión una mentira más? Entonces, es lástima que la haya olvidado, porque era una bella mentira.

Cornelio me contestó que en su vida *no sabía dónde empezaba la realidad y acababa la ficción*, hasta tal punto se confundían su mundo interior y el mundo exterior en su cerebro. No me extrañó aquella confesión de su mentalidad de penumbra, pues es la de casi todos los degenerados y la de muchos artistas.

—Está bien, le dije. Ahora, oiga su historia y procure recordar.

Le conté la historia del hombre verde. Fué todo oídos. A la mañana siguiente volvió a mi habitación más beodo que el día anterior y más excitado.

—Oiga, me dijo: su horrible, su espantosa vanidad de escritor me ha impedido escribir mi historia del hombre verde. Cada vez que tomaba la pluma *sentía como una negra mano gigantesca, erizada de horribles garfios a manera de uñas*, que recogía mis palabras y reclamaba su posesión. Aquellas manos temerosas eran las de su vanidad de artista que me disputaban mi obra de arte. Era el recuerdo de que aquella frase que yo quería escribir *usted me la había dictado*. Sólo conozco un caso de una vanidad tan grande como la suya, y es el de una chiquilla que trabaja en la misma Oficina en que yo estoy empleado, y que cuando quedamos solos me peina los cabellos y me pregunta si es bonita. ¡Qué terrible es usted!

—¡Qué morboso es usted! Ah, pobre amigo Cornelio, qué lástima me da ver que el hombre, esa sombra, se agita y lucha por otras sombras vanas. La gloria es una quimera dolorosamente vacía: una triste abstracción. ¡El nombre literario! Pero si no existe: todos somos innominados, excepto Aquel que es y a quien nombramos Dios. Usted dice con fruición: Rubén Darío. Y Rubén Darío es también un triste pseudónimo, que existe sólo para algunos hombres vivos, y que ya no existe para el propio Rubén muerto. ¡Si cuando aún vivía el gran Poeta jamás existió tampoco ni aún para él mismo! Entre una viejecilla infeliz y cualquiera de los grandes poetas vivos que usted admira—Valencia, Lugones, por ejemplo—no existe ni la menor diferencia esencial. Si ese pordiosero que usted ve pasar desde esta ventana y Mauricio Maeterlinck entraran en este instante a mi habitación, yo tendría para ambos la misma cortesía y el mismo profundo sentimiento de respeto. Y así como no existe la fama tampoco existe el ridículo, que usted tanto teme. Me parecen tan locos los hombres cuando se dan sus vanos títulos y se llaman príncipes de las Letras, Genios, El Mayor Poeta del Habla Castellana, como si se apelasen: «El Dueño del Mar», «El Señor de los Vientos y de las Tempestades»; y quisiesen que se les saludase así: «Buenos días, señor dueño del mar». Usted habrá visto que yo tengo un fácil cariño para todo el mundo y una fácil resignación cuando se apartan de mí mis amigos. Por esto último usted mismo me ha llamado muchas veces ingrato y desamorado. Es que el que me queda me consuela por el que se va. Todos son lo mismo. Yo ya no sé ni odiar de ningún modo ni amar con amor especial. De tal manera para mí la humanidad es Una, que creo que el último criminal puede gloriarse con la gloria del héroe, que le es común; y que el más grande santo debe entristecerse por el pecado del criminal, que también le es común. Cuando veo a los literatos viejos dolerse porque alguien murmuró ante su última obra:—«Fulano de tal, el gran artista, empieza a degenerar», me conturbo. Son dueños de un día nada más, y sollozan por una fracción de minuto. ¿No se marchitan también las rosas sin que nadie las inculpe por ello? Pero en este momento, mi pobre amigo, vamos a hacer un esfuerzo por calmar un poco su dolencia. Yo mismo le voy a escribir el hombre verde, su hombre verde. Siéntese un momento y espere.

Al terminar escasa media hora le entregué el trabajo concluido. Quedaja fija. la historia del hombre verde tal *como él la había contado*. No había en ella *ni una frase que fuera mía*. Mi obra se había limitado a excluir de cada diez frases de Cornelio, nueve; a seleccionar el material aprovechable. ¡Ah, pero en cambio, con qué ojo certero había sabido distinguir la verdadera gema del diamante falso!

El hombre verde recogió su historia y se marchó contento. Y yo me quedé meditando en aquel singular caso Indudablemente, yo era el verdadero autor de *El Hombre Verde* y no Cornelio. Me había equivocado al atribuirle aquella historia. El no había sido sino el *mal actor*. Y aquel arrojaba viva luz sobre la producción literaria. Hacía sentir la verdad de la observación de Valencia: el arte se hace por restas. Así como un centígramo de cera *menos* desfigura la copia que de un rostro humano en dicha sustancia hace el artista así la desfigura un centígramo de cera *más*. Y entonces recordé que cuando el exaltado Cornelio me hacía su narración, yo, que hacía muchos meses no componía, me entregué inconscientemente a un trabajo de composición. Cuando Cornelio daba detalles de mal gusto, inverosímiles o poco originales, yo lo desaprobaba con el gesto o expresamente con la palabra: hombre, deje eso, que es tonto. Así, como un dócil medium, Cornelio rectificó su pensamiento. Después olvidó lo narrado.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

(Del tomo *El Señor Monitot*, Guatemala. 1922.)

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: ..... 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.
Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscrición anual: ... $ 6.00 oro.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

La Obra definitiva de Juan Ramón Jiménez

El librero español León Sánchez Cuesta (Apartado 341, Madrid) ha empezado a publicar—1925—en cuadernos de 12 hojas sueltas, la OBRA definitiva de Juan Ramón Jiménez. Han salido ya 8 cuadernos. La edición es primorosa, impecable. Al decir 12 entregas, se forma un volumen en carpeta. El editor suministra las carpetas del caso. Tenemos encargo de colocar 10 ejemplares de cada uno de los cuadernos publicados. ¿Hay 10 estimadores de la obra exquisita de Juan Ramón Jiménez en este país? Sí? Acudan, pues, a suscribirse. El Adr. del "Repertorio Americano" los espera. Precio del cuaderno: ₡ 0.75.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica